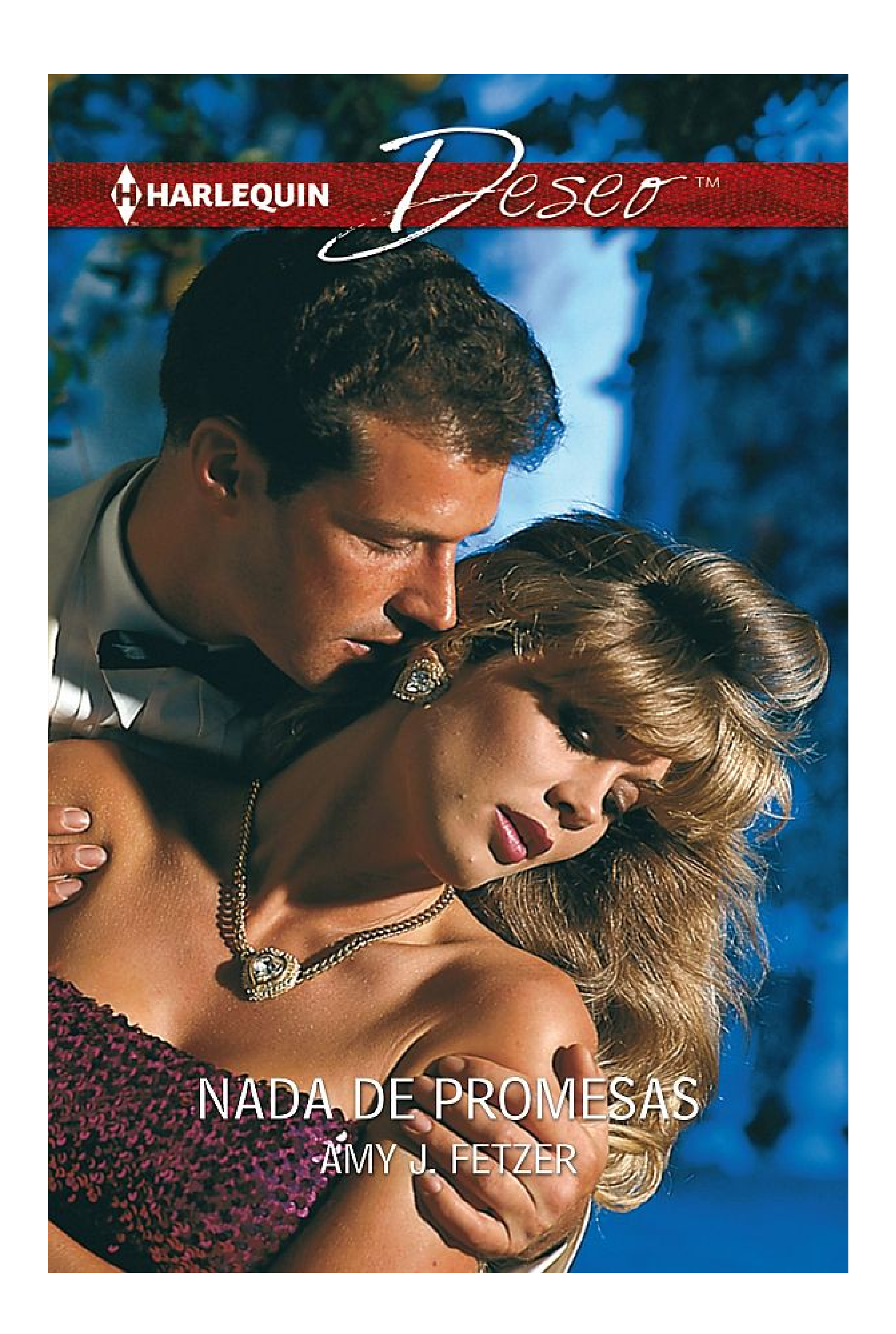

HARLEQUIN
Deseo™
NADA DE PROMESAS
AMY J. FETZER

Tuvieron un encuentro inolvidable y después Ciara Caldwell desapareció en la oscuridad sin dejar ninguna pista que Bryce Ashland pudiera seguir. Aunque todavía recordaba el rostro de aquella misteriosa dama, Bryce ya no tenía tiempo para ninguna mujer, excepto su niña, Carolina.

Así que cuando Ciara apareció en el umbral de su puerta para trabajar de niñera, el corazón endurecido del viudo volvió a latir con fuerza. Era la madre que había soñado para Carolina, pero su lado maternal no era todo lo que deseaba de ella. Se moría por compartir su cama una y otra vez. ¿Arriesgaría su alma para poder ganar la felicidad?



Amy J. Fetzer

Nada de promesas

Deseo - 1162

(Esposas de alquiler - 4)

ePub r1.0

LDS 13.12.16

Título original: *Single Father Seeks…*
Amy J. Fetzer, Single Father Seeks…
Traducción: Carmen González Valderas
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 48 /
Silhouette Desire (SD) - 1445
Protagonistas: Bryce Ashland y Ciara Caldwell
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Prólogo

Hong Kong

Él era del Servicio Secreto, ella, de la CÍA. Él no se ocultaba, ella sí.

Pero en aquel preciso instante, no se ocultaban nada el uno al otro.

Un deseo… o mejor, una pasión desenfrenada que nunca imaginó que pudiera existir se estaba adueñando de ella. Ciara estaba disfrutando de cada instante. Y por la mirada de sus ojos, él debía estar sintiendo lo mismo.

Ciara introdujo la mano por la cremallera y él dejó escapar un gemido. La llevó contra la pared, tomando su boca con una excitación tan poderosa, tan caliente, que pronto ardería sin control.

Ella contaba con eso. Lo había deseado desde el mismo instante en que lo vio.

Era un hombre tan guapo que hacía girar las cabezas, tenía el cuerpo musculoso y ese atractivo seductor tan típico de los agentes secretos. Tenía el pelo negro y los ojos azules, y sus gestos eran elegantes y felinos.

En el suelo, ya había algunas prendas; pero la situación de aquel momento requería otra cosa: que no llevaran nada. Desnudos. Ciara casi lo estaba; pero a él todavía le quedaba demasiada ropa encima.

Él se apretó contra ella, haciéndola saber que estaba preparado para lo que tuviera en mente. Ella le bajó los pantalones y se pegó a su cuerpo, devolviéndole el mensaje.

—Me estás volviendo loco, ¿lo sabes? —dijo él con voz enronquecida, mientras, con los labios le recorría el cuello y con una mano le arrancaba la combinación y la tiraba junto al vestido.

—No más que tú a mí.

Después, se deshizo del sujetador y le rodeó los pechos con las manos. Ciara contuvo el aliento y, cuando la caricia se centró en los pezones, pensó que iba a explotar.

—He pensado en esto desde que te vi —dijo ella con voz ronca.

—¿También te imaginaste esto? —dijo él, sustituyendo los dedos por la lengua.

—Sí —confesó ella con un gemido.

Los pantalones de él cayeron al suelo y ella se agachó para apartarlos. Cuando se levantó, acarició sus muslos desnudos. Era puro músculo y le encantaba tocarlo. Cerró la mano sobre su erección y lo acarició hasta conseguir que se endureciera aún más.

Él estaba a punto de explotar. De repente, la apretó contra él y gruñó:

—Ahora, me toca a mí.

Se puso de rodillas delante de ella y empezó a quitarle las medias, poco a poco, dejando un rastro de besos húmedos y ardientes en cada centímetro de piel que dejaba al descubierto.

—Tenía la sospecha de que llevabas este tipo de medias.

Sólo imaginárselo, en una habitación llena de dignatarios y la primera dama, lo había vuelto loco.

A ella ya sólo le quedaba un collar de perlas.

—Agente secreto mío. Estabas fantaseando mucho más de lo que yo me había imaginado —dijo ella, después dejó escapar un suspiro cuando la boca de él le cubrió el cálido centro.

Él lamió y jugó, chupó y rozó hasta que ella tuvo que morderse una mano para no gritar.

En un segundo, se preguntó por qué dejaba que un extraño le hiciera aquello, después, ya nada le importó: él era todo lo que se había imaginado y más. Cuando él se pasó su pierna por encima del hombro para profundizar aún más en la caricia, ella pensó que se iba a partir en dos.

Sintió que se estaba derritiendo y se dejó caer por la pared hasta colocarse sobre las caderas de él.

—Tenemos una cama a unos metros —dijo él.

—Demasiado lejos —respondió ella, empezando a balancearse.

Él estiró la mano para agarrar sus pantalones, hurgó en los bolsillos y ella apenas se dio cuenta porque en ningún momento dejó de besarla.

Después, la sujetó por los glúteos, se introdujo dentro de ella y empujó con ganas hacia arriba.

—¡Oh! ¡Cielo Santo! —Gruño ella, mientras movía las caderas.

A Bryce le encantaban los sonidos que ella hacía y que fuera tan exigente como él, porque él la ansiaba. «Ansia». Ésa era la palabra. Nunca en la vida había sentido tanto deseo por una mujer, nunca había experimentado aquellas fantasías y la erección instantánea que ella le provocaba. Desde el mismo momento en que la vio, con aquel vestido negro, sólo había pensado en quitárselo.

De ella le gustaba todo, hasta su manera de beber champán. Hasta su manera de mirarlo, lenta y posesivamente. Como si supiera cómo iba a estar desnudo, como si tuviera prisa por verlo con sus propios ojos. Como si supiera que con un solo roce se desataría aquella pasión incontrolada.

Nadie lo habría sospechado jamás. Tenía una expresión tan inocente. La cara de una chiquilla y el cuerpo de una actriz de cine. Toda una mujer, madura y seductora. Nada delgada. Le encantaba. Sabía que tenía una mujer entre los brazos. Una mujer que disfrutaba siéndolo. Y lo único que él deseaba era ver el placer reflejado en esa cara hermosa.

Bryce se concentró en darle lo que ella quería y en saborear cada centímetro al que podía acceder. Después, de repente, estaban en la cima, empujando el uno contra el otro, rodando por la moqueta. En unos pocos minutos cambiaron de posición tres veces, riéndose mientras se contorsionaban, jadeando cuando la fricción era casi imposible de controlar. Cuando la tuvo debajo de él, vulnerable, empujó con tanta fuerza que la hizo gritar. Ella lo arañó y lo rodeó con las piernas.

Él la mantuvo en el aire, empujando y retrocediendo, observando el placer que inundaba sus exquisitas facciones. Recordaría ese momento toda la vida, pensó. Nunca había estado con una mujer que tuviera tanta confianza en sí misma, en su sexualidad y que le hiciera desearla tanto. Ella daba tanto como recibía.

Entonces llegó. Una marejada fuerte de calor y sensaciones, tan intensa que sintió pinchazos por toda la columna; como una ola enorme a punto de romper.

Entonces ella le agarró con fuerza y le susurró:

—Llévame contigo.

Y él empujó, una vez, dos veces…

Ella gritó y se arqueó y juntos alcanzaron las estrellas.

El tiempo se detuvo y la habitación del hotel de cinco estrellas se llenó de suaves gemidos y respiraciones entrecortadas. La luz de la luna se filtró por las ventanas y los cubrió.

Bryce la miró, temblando por el poder del acto y ella le sonrió. Con un suspiro, se tumbó boca arriba, apretándola contra él con fuerza.

Antes de que sus respiraciones recuperaran el ritmo normal sonó un teléfono móvil.

—Ignóralo —dijo él, dándole un beso.

—No puedo —pero lo besó de todas formas, después, se separó de él.

El se incorporó.

—¿Adonde vas?

—Tengo que responder —sabía por experiencia que quienquiera que estuviera al otro lado de la línea no iba a ceder—. ¿No querrás que la seguridad del hotel venga a preguntarnos por qué estamos haciendo tanto ruido?

A él le importaba un bledo. La quería con él de nuevo.

Pero ella ya estaba contestando. Recogiendo su ropa mientras hablaba. Lo miró y él la recorrió con la mirada, desde los pies hasta la melena castaña que le caía por la espalda. Era lujuriosa. Ella le sonrió, devolviéndole la mirada e igualándola en intensidad. Él sintió que le volvía a crecer. Después, ella se metió en el baño y cerró la puerta.

Bryce miró a su alrededor y empezó a recoger su ropa, después, desistió y volvió a tumbarse sobre la moqueta.

Nunca había hecho nada así en su vida. Nunca. Una extraña. Una sirena con un sencillo vestido negro y un collar de perlas.

En menos de cinco minutos, ella apareció por la puerta, totalmente vestida. Caminó hacia él y se paró. El no se había movido.

—Tengo que marcharme —le dijo con la mirada perdida.

—¿Ahora?

Ella le sonrió sin decir nada.

—¿No me vas a decir tu nombre?

Ella negó con la cabeza.

—Es mejor así. Tú tienes un trabajo importante y yo sólo sería una complicación.

—¿Quién demonios eres?

—Una secretaria de la embajada.

—Mentirosa.

La expresión de ella, que hacía pocos minutos había mostrado tantas emociones, se cerró. Fría. Independiente. Y le hizo pensar que la mujer que tenía delante de él sólo era el fantasma de la criatura apasionada que había tenido entre sus brazos. No le gustó.

Ella le lanzó el buscapersonas.

—La primera dama te está llamando.

Él miró al aparato y se preguntó cómo podía saber quién era con sólo ver el número de teléfono. ¿O sólo lo habría adivinado?

Cuando volvió a mirar hacia arriba, ella estaba sentándose sobre su regazo, echándole los brazos alrededor del cuello. Después, lo besó con pasión.

Ésa era la mujer que a él le gustaba.

—¿Te apetece otro revolcón, pequeña? —dijo contra sus labios mientras la acariciaba por debajo del vestido.

Era una tentación dejar sus deberes y retozar un rato más con aquel pedazo de hombre. Pero su compañero la necesitaba.

—Me encantaría; pero tengo que marcharme —se puso de pie y se inclinó para besarlo una vez más.

Y él se quedó allí como un tonto, mientras ella salía de su vida. Para siempre.

Una pasión así solo sucedía una vez en la vida y ninguno de los dos tenía tiempo para agarrarla.

Capítulo 1

Cinco años después. Beaufort, California del Sur

Ciara necesitaba ocultarse en un lugar donde nadie la encontrara.

El mundo era muy grande. Podía ir a cualquier sitio.

Y esa ciudad pequeña del sur era el lugar perfecto. Era una ciudad histórica y turística. Podría mezclarse con facilidad. Una casa segura de la CÍA habría sido mucho mejor, pero tendría que haberlo hecho a través de la agencia y Ciara ya no se fiaba de nadie.

Acababa de confiar en el hombre equivocado, pensó con una sonrisa cínica mientras miraba por el espejo retrovisor para ver si alguien la seguía. Y ése era el motivo por el que tenía que desaparecer.

La culpable era ella.

A excepción de una tórrida aventura hacía cinco años, todos los hombres con los que había estado habían sido unos mentirosos cuyo único objetivo había sido sacarle información.

¿Desde cuando era tan fácil engañarla? ¿Cuándo empezó a desconfiar?

Quizá cuando su compañero empezó a llegar tarde a las citas y con más dinero de lo normal. Y lo peor de todo era que, dos años atrás, habían sido amantes. Aunque todo había terminado, había permitido que sus antiguos sentimientos interfirieran en su opinión, impidiéndole ver lo que estaba sucediendo. Y le había costado demasiado tiempo darse cuenta de que la había utilizado emocional

y profesionalmente. Nunca volvería a cometer ese error. Con ningún hombre.

Con una mano soltó el volante y tocó la cinta que llevaba dentro del bolso. Su mente retrocedió al pasado y se acordó del hombre al que había pillado traicionando a su país.

Su compañero, Mark Faraday, medía un metro ochenta y cinco, tenía un cuerpo atlético, el pelo rubio y un pico de oro. Ahora, aquél espía guapo se había convertido en un riesgo para la seguridad nacional. Un topo.

Y un riesgo para ella.

Ciara puso cara de disgusto y por enésima vez se llamó idiota.

Había pensado que tenía que hacer algo mientras esperaba a que la verdad saliera a la luz y Mark fuera a la cárcel, si no, se volvería loca. Por eso, había llamado a su amiga de la universidad, Katherine Davenport, dueña de una empresa de trabajo temporal, para pedirle trabajo. Ésta le había ofrecido un puesto de niñera y ella lo había aceptado.

Cuidar de una niña de un año no le iba a resultar muy difícil porque durante los años que pasó en la universidad se había dedicado a cuidar niños para ganar algún dinero.

No iba prestando mucha atención al paisaje hasta que se encontró con un surcó que la hizo frenar. Entonces, reparó en los robles nudosos cubiertos de musgo y el campo verde. A través del aire del coche le llegó un aroma a jazmín que la envolvió.

Aparcó el coche y salió, comprobando la dirección. Después miró la casa con estupefacción.

¿Casa? ¡Aquello era la mansión de lo que el viento se llevó! Una construcción magnífica de dos plantas con porches cubiertos, rodeada por más de cinco hectáreas de terreno.

¿Todo eso para un viudo y su hija?

Agarró su bolso, se lo echó al hombro y se dirigió hacia las escaleras. Aspiró el aroma de los jazmines y sintió una gran paz interior.

Aquello no era sólo seguridad, también era un sueño.

* * *

Bryce sintió que la comida le aterrizaba en la cara y, después, le caía en el pecho.

—Bien —dijo cansado, mirando a su hija de once meses con desesperación—. Ya veo que tendré que enseñarte modales en la mesa.

Carolina no le escuchó porque estaba jugando con la comida que había derramado sobre la bandeja de su silla.

Bryce miró alrededor, contemplando el desastre que había ocasionado al darle de comer a su hija, y pensó qué diría su difunta esposa si lo viera. Probablemente diría que era lo que se merecía por no haberla amado como ella quería. Dios sabía que lo había intentado. Había hecho todo lo posible para que su matrimonio, un matrimonio que él no había deseado, funcionara.

Un terrible sentimiento de culpabilidad le atravesó el pecho.

Diana y él se habían acostado juntos. Sólo una noche, pero ella se quedó embarazada. Cuando él se enteró, decidió que lo más adecuado sería casarse con ella.

Al nacer Carolina, la madre murió.

El sentimiento de culpabilidad se acentuó e intentó apartar aquellos pensamientos de su mente.

Juró que nunca volvería a tener una relación con una mujer.

Él quería a su hija más que a su propia vida y lo aterrorizaba defraudar a aquella pequeña. O arruinar su vida como había arruinado la de su madre. No podía confiar en sí mismo.

Su hija le lanzó más comida sobre la camisa.

Se preguntó qué pensarían sus colegas del Servicio Secreto si lo vieran en ese momento. ¿Dónde estaba el hombre que vivía de manera peligrosa, protegiendo en todo momento a la familia del presidente? Ahora era el «señor mamá»; aunque todo un fracaso. Debería haber una escuela o algo así para los padres que tenían que hacer de madres.

Llevaba cuatro días sin niñera, lo suficiente para comprobar que era un padre nefasto. Nunca pensó que echaría tanto de menos las habilidades de una mujer. Su hermana lo había ayudado en un par de ocasiones después de la muerte de Diana, pero ella tenía su propia familia. Sus padres estaban retirados y lo habían dejado al cargo del negocio familiar y de aquella casa inmensa mientras ellos viajaban recorriendo mundo.

Miró a su hija.

Había tenido una niñera, pero no quería quedarse a vivir allí y Carolina necesitaba constancia, alguien que se quedara con ella cuando él no estuviera. Alguien que fuera tierno y cariñoso. Casi una madre. Lo que su hija no necesitaba era un desfile de extraños paseándose por su vida.

Otra niñera le dijo que la niña era difícil; pero la difícil era ella. Un día Bryce la encontró viendo un culebrón en la tele mientras la niña gritaba a pleno pulmón en el parque.

Las tres anteriores no habían sido mucho mejores.

Nunca pensó que fuera tan difícil encontrar a una buena niñera.

Afortunadamente, la agencia le había recomendado a alguien. Había hablado con la dueña, Katherine Davenport, y lo había convencido. Llegaría en cualquier momento.

Bryce rezó para que fuera alguien con un buen corazón.

Y esperaba que llegara pronto.

Empezó a limpiar la comida que había caído al suelo; pero la niña empezó a gritar porque quería bajarse.

—Cinco minutos, princesa —dijo dándole una galleta para que se calmara—. Sólo necesito cinco minutos.

No había limpiado ni la mitad del desorden cuando sonó el timbre.

Bryce sacó a Carolina de la silla y fue a abrir.

—Tenemos compañía, cielo.

Carolina lo miró, con la cara y la ropa llenas del chocolate de la galleta.

—Bueno, me imagino que lo mejor será que nos vea en nuestro peor momento, ¿no?

«Por favor, Dios mío», rogó Bryce con la mano en el picaporte. «Que no sea atractiva y que realmente pueda ayudarnos».

Abrió la puerta.

Ella estaba de espaldas, por lo que lo primero que vio fue un buen trasero dentro de unos vaqueros ajustados y una camisa blanca. Y un pelo castaño recogido en una coleta.

Desde luego, atractiva sí que parecía.

La mujer se dio la vuelta y Bryce pensó que se iba a caer redondo.

Allí, mirándolo a la cara, estaba la única mujer que había sido

capaz de darle la vuelta a su mundo.

—No puedo creérmelo —dijo él casi para sí mismo.

—¡Vaya, vaya, agente secreto! —respondió ella con suavidad y sus palabras arrastraron el eco de la única vez que habían estado juntos.

El cuerpo de Bryce hirvió con el recuerdo: los dos desnudos y salvajes.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me manda Katherine Davenport. Soy la niñera. ¿No me esperabas?

—Esperaba a alguien, pero, desde luego, no a ti.

—La vida está llena de sorpresas, ¿verdad?

¡Y menuda sorpresa! Aquello, más que una sorpresa, había sido una conmoción, pensó él, mientras mantenía su mirada color miel, recordando el brillo de aquellos ojos cuando estaba dentro de ella.

Y Ciara vio su expresión y supo en lo que estaba pensando. Tragó con dificultad, intentando mantenerse fría y no recordar aquella noche… cuando la tenía atrapada contra la pared de la habitación de un hotel y la estaba devorando. Ansioso y primario.

Sentía que el corazón se le aceleraba y un calor sensual empezaba a invadirla. Él era la única persona que podía hacer aquello. Con sólo una mirada de aquellos ojos azules.

¿Y se suponía que tenía que vivir en aquella casa?

Lo recorrió con la mirada. Tenía un aspecto devastado, muy diferente al hombre que ella conoció. Tenía comida en el pelo, en la cara y por toda la ropa. Era casi cómico. Una niña morena se estaba retorciendo en sus brazos mientras gritaba porque quería bajar al suelo.

Ciara dejó su bolso en el suelo y dio un paso adelante.

—Oye —dijo con suavidad, tirándole a la niña del vestido.

La niña se volvió hacia ella y la miró fijamente con unos ojos azules enormes.

—Hola, preciosa. ¿No nos vas a presentar? —le preguntó al padre.

Bryce pestañeó y siguió la mirada de Carolina, que parecía curiosa.

—Cuando sepa tu nombre.

Con una sonrisa, ella estiró la mano.

—Ciara. Ciara Stuart.

El apellido era falso, pero su nombre era el verdadero.

Bryce le dio la mano y notó su pulso acelerado.

«¡Oh, Dios!», se dijo para sí. «No ha cambiado nada».

Sólo un roce y todo su cuerpo saltaba a la vida, sus nervios se tensaban y el corazón le latía como si le fuera a salir del pecho. Todo lo que recordaba de ella le saltó a la cara multiplicado por diez y, en aquel instante, se dio cuenta de que aquella mujer había hecho algo más que dejarle una impresión.

Lo había marcado. Con una marca tan fuerte que parecía que lo de Hong Kong había sucedido hacía sólo unos días, no cinco años.

Ella lo recordaba con la misma intensidad y su corazón latía a igual velocidad mientras el calor de los dedos que le rodeaban la mano le recordaban lo seductores que podían llegar a ser.

Su agente secreto. El hombre de sus fantasías.

Quizá aquello representara un peligro para ella. Especialmente cuando todo en lo que podía pensar era en aquella noche pasional. Unas pocas horas en las que se había sentido más viva y más mujer que nunca.

Movió los dedos y él le apretó con más fuerza. Por un momento, pensó que iba a entrelazar los dedos con los suyos y la iba a arrastrar hacia él como había hecho aquel día en el ascensor.

Como si la hubiera entendido, le dedicó una sonrisa tan *sexy* que el corazón le dio un vuelco. Después la soltó.

—Ésta es mi hija Carolina.

Ciara volvió a mirar a la niña y notó que estaba llena de chocolate.

—¿Cómo se te ocurre darle chocolate a un bebé? ¿Te has vuelto loco?

Pensó que aquella niña la necesitaba. Pero ¿podría ser objetiva y salir de allí cuando su carrera volviera a la normalidad?

Dio una palmada y llamó a la niña para que se fuera con ella.

Carolina aterrizó en sus brazos y dejó de llorar de manera instantánea.

Ciara le dio unos golpecitos en la espalda y Bryce observó atónito cómo la pequeña se apoyaba sobre el hombro de la mujer.

—Deben ser cosas de mujeres.

—No. En realidad, es cosa de bebés. Simplemente, no me estoy

peleando con ella —le dijo Ciara con una sonrisa un poco malvada —. Además, está sudorosa y pegajosa. No me puedo creer que le hayas dado chocolate —le quitó el resto de la galleta a la niña y se la dio a él.

Carolina no dijo nada. Después, Ciara entró en la casa.

—¿Por dónde se va a la cocina?

—La siguiente puerta a la derecha.

Él se quedó inmóvil durante un instante, después, agarró el bolso y las maletas y los metió en la casa.

Ella había sentado a Carolina en la encimera y estaba lavándole las manos y la cara.

—Bueno, preciosidad. Necesitas un baño y ropa limpia.

Miró a Bryce y después al desorden de la cocina.

—¿Ha comido algo de la papilla?

—No mucho.

Ciara asintió.

—¿Cuál es su horario?

—¿Su qué?

Ella volvió a tomar a la niña en brazos.

—Un horario. La hora de la comida, de la siesta, del baño…

—Nada fijo.

—O sea, que ha estado haciendo lo que le ha dado la gana.

—Más o menos. ¿Pero no irás a ponerle un horario de regimiento?

—He aprendido que lo mejor para los niños es tener un horario. Y también para los padres. ¿Cómo crees si no que se las arreglan las madres?

—Eso es algo que se me escapa —dijo él y después se aclaró la garganta—. ¿Tienes hijos?

—No y nunca me he casado.

Ciara no pensaba que fuera a ser madre, especialmente, desde que trabajaba en la CÍA.

—¿Cómo es que tienes experiencia con los niños?

—Crié a mi hermana pequeña y, mientras estaba en la universidad, cuidaba niños. Es igual que tú —añadió con una sonrisa, mirando hacia la niña.

Él miró a su hija y todo su cuerpo se ablandó. Se acercó a ellas.

—¿De verdad?

—Sí.

Sus ojos se encontraron y él volvió a pensar en su cuerpo desnudo, en estrecharla entre sus brazos… Aquello iba a resultar muy difícil si no podía mirarla sin recordar aquella noche. Quizá la solución fuera llamar a la agencia y pedirle que le enviara a alguien menos guapa y menos… exótica.

Pero necesitaba ayuda urgentemente. Además, iba a poder controlarlo, pensó. No pensaba tener una aventura con la niñera, fuera quien fuera.

—Bueno. ¿Nos vamos a quedar en medio de este desorden todo el día o me vas a enseñar la casa y a decirme mis obligaciones?

Bryce observó que Ciara le estaba acariciando el brazo a la niña con ternura, como si la conociera de siempre.

Pero él estaba pensando en otra cosa.

Ella no había cambiado nada en cinco años. Tenía una belleza clásica y, aunque estaba un poco más delgada, todavía tenía unas formas muy femeninas.

Antes de que su mente continuara por aquel camino, se aclaró la garganta y señaló a sus espaldas.

—El garaje, la puerta trasera y la habitación de la plancha están por ahí. También hay una vieja escalera de servicio.

«Servicio». Eso era lo que ella era para él. Aunque la estuviera mirando como si le acabara de hacer el amor. A pesar de las fantasías que inundaban su mente.

Ciara se sacudió aquellos pensamientos de la cabeza y miró a su alrededor. Tenía que recordar por qué estaba allí y que se marcharía pronto. A la CÍA no le costaría mucho pescar a Mark.

La cocina era blanca y color melocotón. Era preciosa; parecía sacada de una revista de decoración. Estaba deseando ver el resto de la casa.

—¿Sabes cocinar?

—Claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque nunca te habría imaginado cocinando —dijo él con una mirada picara.

El corazón de ella le dio un vuelco.

—Tampoco yo te imaginaba como padre.

Él le sonrió y se giró hacia la puerta. Ella lo siguió con la pequeña en brazos.

—Éste es el salón principal —le dijo él—. En esta planta también están el comedor y la biblioteca.

Salió hacia el vestíbulo y señaló hacia las escaleras que llevaban al piso superior.

—Arriba están los baños y los dormitorios.

Ahora que había echado un vistazo, Ciara estaba de una pieza. Los paneles y revestimientos del techo eran verdaderas obras de arte igual que los cuadros que colgaban de las paredes.

El resultado de la decoración era muy acogedor y Ciara se sintió como en casa. Algo muy extraño, teniendo en cuenta que no tenía casa desde que empezó a trabajar en la CÍA.

Después de enseñarle la enorme habitación de Carolina, la llevó hacia un par de puertas que daban a la terraza de la parte de atrás de la casa.

Abrió las puertas de par en par y la invitó a pasar.

Mientras ella entraba, él le susurró:

—Bienvenida a River Bend.

Capítulo 2

Ciara se quedó paralizada; su tono había sonado como si hubiera estado esperando toda la vida para pronunciar aquellas palabras. Podía sentir el calor de su cuerpo musculoso detrás de ella, pero no se atrevió a mirarlo porque la necesidad de hundirse en sus brazos era abrumadora.

Se reprimió mentalmente. Aquello tenía que terminar, tenía que dejarse de fantasear. Dio un paso hacia delante y le dio las gracias.

—No tienes acento del sur.

Ella lo miró por fin.

—Puedo imitarlo, si quieres.

No podía decirle que, en realidad, era del sur. Que había nacido y crecido a pocos kilómetros de allí; pero que se había esforzado para perder el acento por su trabajo en la CÍA.

Ciara contempló el paisaje y se quedó sin respiración.

—¡Dios mío esto es maravilloso!

Aunque estaban a cierta distancia del agua, la vista era increíble. El río, las casas al otro lado, la ensenada, el mar…

En el jardín salpicado de pinos y sauces había una piscina y un cenador con una mesa para ocho personas. Hacia la izquierda había otro jardín lleno de flores con un tresillo de mimbre. De la rama de un árbol colgaba un columpio y delante de ella había una fuente.

Más allá de los límites de jardín, estaba el río. Allí había un muelle enorme con dos botes y una lancha motora.

—¿Todo esto lo has conseguido en el Servicio Secreto? —preguntó ella atónita.

—¡Dios, no! —dijo él entre risas—. Esta casa ha pertenecido a la familia durante varias generaciones. Era la casa de mis padres. Ahora viven en Florida, cuando no están viajando por el mundo.

Miró a la niña y se dio cuenta de que se le estaban cerrando los ojos.

—Una casa muy grande para vosotros dos solos, ¿verdad cielo?

Cuando lo miró, él la estaba observando con una expresión extraña en los ojos.

Bryce no sabía por qué, pero lo emocionaba la imagen: Ciara con su hija en sus brazos, la dulzura con la que acariciaba a la niña. Nunca se imaginó tanta ternura en una mujer como ella. En realidad, lo único que sabía de ella era que, cuando hacían el amor, lo volvía totalmente loco.

«Deja de mirarme así», pensó ella; pero no quiso entrar en aquel tema.

—¿Creciste aquí? —le preguntó para romper el silencio.

—Sí. Mi hermana y yo. Ella vive cerca de la ciudad.

—La decoración de la casa es espléndida. ¿Quién la decoró? ¿Tu mujer?

Él la miró ceñudo.

—No, mi madre. Con Diana no viví aquí.

Ella se colocó a la niña en la cadera.

—Diana ¿eh?

La mención del nombre de su mujer lo puso en tensión.

—No estaba casado con ella cuando nos conocimos.

—Yo no he dicho eso —hizo una pausa y después preguntó—: ¿Qué le pasó?

A Bryce le inundó un sentimiento de culpabilidad al pensar en su esposa y en lo que le había hecho. No quería hablar de ella, y menos con Ciara.

Como lo vio dudar, ella añadió:

—Si es muy doloroso y prefieres no…

—Sí, es muy doloroso, pero… —decidió decirle lo imprescindible—: Murió cuando nació Carolina. Desarrollo diabetes gestacional y el embarazo fue muy complicado. En el último momento, una tensión arterial muy elevada causó su muerte.

Ciara escuchó el enfado que crecía en su voz y el tormento que mostraban sus facciones. Debía haberla amado mucho, pensó.

Quedarse sin su esposa y con un bebé al que cuidar él sólo debía haber sido muy duro.

En el silencio que se hizo, lo vio mirar hacia el río.

—Y ya que ha salido el tema, dejemos un par de cosas claras ahora mismo… —dijo él entre dientes.

La miró a la cara con las manos apoyadas en las caderas; en actitud totalmente beligerante. Algo había cambiado en él en un par de segundos. El hombre *sexy* que ella conocía había desaparecido, enfrente tenía a un guardián. ¿Un guardián de qué? No lo sabía.

—Estoy escuchando.

—No estoy buscando una sustituía.

Ella pestañeó sorprendida.

—Yo no pretendo serlo.

Ella tenía una carrera a la que volver, un trabajo que implicaba viajar por todo el mundo…

—Carolina es mi mayor preocupación. Necesita a alguien que la cuide.

—Eso puedo hacerlo —dijo ella.

—Sé que estás preparada, pero…

¿Acaso pensaba que no estaba capacitada?

Ella se plantó delante de él.

—¿Por qué no dices lo que estás pensando?

—No puedo confiar en ti.

Había demasiado misterio a su alrededor. El hecho de que hubiera vuelto a su vida de aquella manera era más que suficiente para hacerlo sospechar.

—Lo hiciste aquella noche.

Inmediatamente, se odió a sí misma por sacar a relucir el pasado.

—Eso fue hace cinco años. Yo estaba soltero y no tenía que cuidar de nadie. Y aquella noche estábamos tú y yo solos. Ahora, la que importa es Carolina —movió la cabeza—. Mi vida es completamente diferente, no soy el mismo.

—Yo no he cambiado tanto. Ya sé que no soy el prototipo de madre, pero lo haré lo mejor que pueda con Carolina.

Bryce reconoció aquella mirada. Sus facciones se habían cerrado y sintió como una ráfaga de viento helado. Era la misma mirada que le dedicó en el hotel cuando salió del baño, vestida y lista para

marcharse.

Que pudiera sostener a la niña con esa ternura y pudiera mirarlo a él con esa frialdad lo hacía sospechar aún más.

—¿Qué estabas haciendo en Hong Kong?

—Trabajaba en la embajada —no era una mentira del todo, pensó ella. Sólo era una verdad a medias—. ¿Puedo decir algo?

—Adelante —la animó él.

—Lo que pasó entre nosotros fue algo de una noche. Una sola vez. Esto es una coincidencia, una entre un millón. Asúmelo. Necesito el trabajo y Carolina y tú me necesitáis a mí. Dejémoslo así.

—Mi hija te necesita, pero yo no.

—Gracias por la aclaración —dijo ella sarcástica—. Ya estaba teniendo visiones de boda y banquetes.

A Bryce no le gustó el tono.

—Y mientras dibujamos las líneas de separación entre nosotros, te diré que si hubiera querido más, después de Hong Kong, te habría buscado. Que hayamos tenido buen sexo en una ocasión no quiere decir que yo quiera pasar la vida contigo. ¿De acuerdo?

El asintió.

—Veo que nos entendemos.

Bryce apretó los labios.

«Déjalo que se ponga nervioso», pensó ella. No pensaba contarle nada sobre sí misma o sobre su pasado y una noche con él no tenía nada que ver con el presente. Excepto que le recordaba que, mientras la vida de él había cambiado, la de ella no. Lo único que era diferente era el error que había cometido al confiar en el hombre equivocado. En el instante en que se enteró de la magnitud de la traición de su compañero, supo que no podría confiar en sus sentimientos. Por eso no podía complicarse la vida con Bryce. Tenía que seguir mintiéndole sobre su verdadera identidad. Eso los mantendría alejados a su hija y a él de cualquier problema. Ella nunca permitiría que nada les sucediera. Antes desaparecería. Su trabajo consistía en proteger a su país y a su gente.

—Llevaré las maletas a tu habitación —dijo Bryce.

—Yo me quedaré con la niña —se giró con energía y se dirigió al interior de la casa.

—¿Adonde vas?

—Hace mucho calor y la niña no puede estar aquí sin protección solar y sin un sombrero. Además está cansada.

Bryce aprobó su decisión en silenció y la siguió, sintiendo que un muro los separaba.

En realidad no la culpaba por eso. Y así era mejor para él; pero ¿y para la niña?

Eso era otro motivo para no confiar en ella.

Tendría que mantener un ojo abierto durante los siguientes días.

«¿Y qué haría por las noches?».

Sólo pensar que aquella mujer iba a dormir tan cerca de él hacía que su cuerpo se agitara.

—Tengo que trabajar —le dijo desde atrás—. Mi oficina está en la biblioteca.

Bryce miró a su hija y se despidió de ella.

La niña botó en los brazos de Ciara y lo miró con una sonrisa radiante como si le quisiera decir: «mira papá, esto es lo que se siente al tener una mamá».

A Bryce se le rompió el corazón.

Y decidió que aguantaría casi cualquier cosa por ver sonreír a su hija de aquella manera. Pero ¿cómo iba a poder sobrevivir él con una mujer exquisita y misteriosa justo debajo de sus narices?

Y, a pesar de lo que hubiera dicho, en lo más profundo de su ser, no había nada que deseara más que pasar otra noche de placer en sus brazos.

* * *

Ciara bañó a la niña y le aplicó crema hidratante con un suave masaje. La niña estaba casi dormida sobre el cambiador y Ciara se dio prisa en ponerle un pañal y ropa limpia.

La tomó en brazos y se sentó con ella en la mecedora. Al oler el aroma a bebé, Ciara se acordó de su hermanos y los hijos de éstos. Hacía años que no los veía. Después, sus pensamientos vagaron hacia su hermana pequeña, Cassie, que había acabado la carrera con matrícula de honor. Los echaba mucho de menos.

Aunque, normalmente, no se permitía pensar en ellos, pensó con tristeza. Nunca había tenido tiempo para sentarse a pensar en ellos,

siempre había estado centrada en su trabajo. Después de tantos años, se había vuelto fría y calculadora. Sus labios se curvaron con disgusto. Aunque no tanto como para impedir que sus sentimientos casi arruinaran su carrera.

Miró a la niña que se había dormido en sus brazos y la llevó a la cuna. La niña abrió los ojos un instante y la miró con confianza. Ciara pensó que nada de lo que hiciera en la vida, por su país o por la CÍA, nada era tan importante como lo que estaba haciendo en aquel momento. Por aquella niña. Le acarició la espalda y la niña volvió a cerrar los ojos.

¿Cuánta ternura se habría perdido aquella pequeña con la falta de su madre? Ciara se acordó de sus propios padres. Su madre había sido su modelo y la había hecho sentir como si compartieran un secreto que los hombres no podían entender. También le había dado cosas bonitas y la había enseñado a cuidarse. Su padre le había dejado jugar al fútbol con sus hermanos. En realidad, la había animado a hacer todo lo que quisiera, diciéndole que ella podía conseguir todo lo que se propusiera.

Cuánto los echaba de menos.

Pero ya estaban muertos. Habían muerto en un accidente aéreo y ella no había podido asistir a su funeral porque estaba atrapada en algún lugar de Asia, escondida en un almacén, vigilando a unos traficantes de armas.

A lo largo de los años, había perdido al resto de la familia. Aunque a sus padres se los habían arrebatado, ella sola se había alejado de sus hermanos. Por culpa de su trabajo. De repente, sintió vergüenza y añoranza.

El bebé sonrió mientras dormía y algo se encogió en el pecho de Ciara. No sabía por qué, pero no podía marcharse y dejarla allí, sola. Era tan pequeña…

Por primera vez en mucho tiempo, alguien verdaderamente inocente la necesitaba.

* * *

Bryce se quedó en la puerta observando a Ciara, que estaba arropando a la niña, e intentó no pensar en lo preciosa que era. La

niña parecía muy cómoda con ella. Nunca la había visto tan a gusto con nadie, ni siquiera con su hermana Hope, pensó Bryce.

Entonces se acordó de Diana. ¿Lo aprobaría ella?

No, si hubiera sabido que Ciara y él habían pasado una noche juntos. Pero él nunca se lo había contado a nadie. Siempre lo mantuvo para él. Si se lo hubiera contado a Diana le habría hecho un daño innecesario y habría causado más problemas. Su mujer había sido muy posesiva desde el principio. Incluso, le había pedido que dejara el Servicio Secreto por ella y el bebé. Sólo llevaban un mes casados cuando él lo hizo. Aunque se arrepintió siempre. Además, al tener que estar siempre con ella, las cosas entre ellos empeoraron.

Pero ahora ya no echaba de menos el trabajo, no, desde que su hija había llenado su vida, su corazón.

—Es tan bonita… —dijo Ciara en la oscuridad.

Bryce se sorprendió al darse cuenta de que ella había sabido que él estaba allí todo el tiempo.

—Gracias —respondió él mientras ella caminaba hacia la puerta con una mirada tierna en los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas cuidándola solo?

—Una semana.

—¿Cómo consigues trabajar al mismo tiempo?

—No lo consigo. Tengo una pila de trabajo atrasado.

Ciara se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros porque lo que de verdad le apetecía era tocarlo, deslizar sus manos por su pecho musculoso.

—Bueno, ya estoy yo aquí para ayudarte.

—Parece que a Carolina le gustas.

Ciara lo miró y sintió la corriente que circulaba entre los dos cuerpos.

—Es una niña fantástica.

Bryce sintió el mismo calor que lo arrastró hacia ella aquella noche en Hong Kong. La tenía a escasos centímetros, en la puerta, y aunque sabía que no debía hacerlo levantó la mano para acariciarle la cara.

Antes de que la tocara, ella dio un paso hacia atrás y la ternura que inundaba su rostro fue remplazada por una mascara fría de indiferencia.

Él frunció el ceño.

Los ojos de ella se tornaron duros y fríos como glaciares.

Entonces, se alejó de él. Bryce se quedó apoyado en el quicio de la puerta, observándola, pensando que no importaba lo que sintieran cuando estaban cerca el uno del otro. Ciara se escondía tras un muro y, aunque se hubiera mostrado cariñosa con su hija, no había bajado la guardia con él.

Volvió a su despacho y se quedó allí la mayor parte del día. Se puso música y se concentró en el trabajo.

Cuando miró el reloj y se dio cuenta del tiempo que había pasado, saltó de la silla y salió precipitadamente de la habitación.

¿Cómo podía haber sido tan descuidado? No sabía nada de aquella mujer y había dejado a su hija con ella durante horas.

Muerto de miedo, se quedó parado en el vestíbulo mirando de derecha a izquierda.

—¡Ciara! —gritó.

—Estoy aquí, en la cocina.

Se dirigió hacia allí, intentando no correr y, al entrar en la habitación, se quedó de piedra. Carolina estaba sentada en su silla, pescando bolitas de cereal por la bandeja y Ciara estaba junto al horno. Durante un segundo, se quedó quieto, mirándola.

Nadie tenía derecho a estar tan *sexy* con un delantal.

Durante un momento, la recorrió con la mirada desde la cabeza a los pies. Ciara se había puesto una camiseta grande y unos vaqueros cortados, que habían visto mejores tiempos, y que eran cortos a rabiar.

Ella se movía de manera eficiente: cortaba las verduras, echaba un vistazo a algo que tenía en el horno, metía algo en el microondas… Y mientras trabajaba, no perdía de vista a la pequeña.

Y allí estaba él. Sin saber qué hacer o qué decir. Pensó en el tiempo que hacía que no había estado con una mujer. Algo más de un año. Su matrimonio había sido sólo de palabra porque se casaron cuando Diana estaba de dos meses y dejaron de dormir juntos cuando el embarazo empezó a complicarse: al cabo de los tres meses.

Pero, desde entonces, no se había fijado en ninguna mujer.

Y Ciara no era la apropiada.

Movió la cabeza para librarse de aquellos pensamientos y se dirigió hacia su hija.

—¿Qué tal la siesta, cariño?

Ciara lo miró por encima del hombro con una sonrisa, intentando ver solo al padre y no al hombre.

Carolina le ofreció una bolita de cereal a su padre y éste la mordisqueó.

—Qué atrevido por tu parte —le dijo Ciara, mientras picaba una cebolla.

Él besó a su hija y se incorporó.

—Haría cualquier cosa por ella.

—Lo sé. Incluso vas a aguantarte conmigo.

—Yo no lo diría así.

—Pero era lo que estabas pensando.

—En realidad, en lo que estaba pensando…

Ella se volvió hacia él con la expresión seria.

—Venga, dilo. Quizá lo mejor sea que seamos sinceros desde el principio.

Él no quería decirle que ella no le había contado absolutamente nada sobre sí misma. Y eso no era ser sincera. En lugar de eso, dijo:

—Estaba pensando que podías ponerte algo más de ropa.

Ella se quedó estupefacta.

—Saqué un rato a la niña al jardín y hace mucho calor, ¿sabes? —dijo a la defensiva.

—De acuerdo —admitió él—. Pero ésos… —dijo señalando a los vaqueros—… dejan poco a la imaginación.

—Entonces, haz un esfuerzo por controlarla, ¿vale? —dijo ella mientras le servía una taza de café.

—Es un poco difícil cuando te miro y te veo contra una pared, jadeante, con sólo un collar de perlas encima.

Ciara sintió que la sangre empezaba a bullirle. Lo miró, un poco colorada, y a Bryce le gustó.

—Eso pasó hace mucho tiempo —dijo volviendo a la comida.

—Pero antes me has dicho que eras la misma mujer.

—Me imagino que mentí.

—¿Sobre qué más me has mentido?

Ella lo miró furiosa.

—¿De qué diablos estás hablando?

«No te pongas a la defensiva», se advirtió a sí misma. «Eso sólo provocará que sospeche aún más».

—No has sido sincera con respecto a tu pasado.

Ella lo miró y dejó el cuchillo sobre la encimera.

—¿Quieres hablar de eso, Bryce? ¿Qué me dices de ti? ¿Por qué dejaste el Servicio Secreto?

—Estaba cansado —dijo él con resentimiento.

—¡Ah! Entiendo. Los viajes por todo el mundo, los hoteles de cinco estrellas… agotador.

—Después de conocer a mi mujer, sí —la mentira a medias se le atragantó.

A Ciara la molestó aquello.

—¿Qué me dices de tu familia? —preguntó él.

—No tengo familia —respondió ella.

Debido a su trabajo había tenido que cortar con los lazos familiares.

Bryce notó el brillo de dolor que cruzó por su mirada.

—Entonces, estás sola.

—Sí. Pero no te preocupes, ha sido por elección propia.

—¿Quieres decir que estás enfadada con tu familia?

—Algo así.

Dios santo, pensó Bryce. Era imposible obtener información de aquella mujer. Se preguntó si tendría algo que ver con su estancia en Hong Kong. Ella le había dicho que era una secretaria de la embajada, pero él tenía sus dudas. No había actuado como tal y la había visto en celebraciones a las que no iban las secretarias. Mientras él se había quedado en la puerta, vigilando, ella se había paseado por la habitación, mezclándose con los dignatarios. ¿Sería de la CÍA o del FBI?

Ella se dio cuenta de que él estaba meditando, buscando una solución.

—Olvídalo, Bryce, no pienso hablar de mi vida. ¿Quieres vino para la cena? —dijo caminando hacia la alacena.

—¿Por qué eres tan evasiva?

Ella se giró.

—¿Por qué te interesa tanto mi pasado? No quiero hablar de él.

Ciara quiso que pensara que era tan horrible que no quería recordarlo. Aunque si lo pensaba bien, tampoco era muy grato estar

tan alejada de la familia. Pero aquello no la había molestado nunca y, además, su trabajo era lo más importante.

Con todo, Bryce y el bebé le habían tocado alguna fibra sensible. La añoranza se estaba filtrando por un muro muy bien construido y no podía permitir que eso le sucediera. Tenía un trabajo al que volver y cuanto antes mejor.

Por ahora, Carolina la necesitaba; pero Bryce no.

Él sólo era un hombre y entre ellos sólo había habido sexo. Muy bueno, desde luego, pero una noche no les daba un pasado y tenía que asegurarse de que las siguientes semanas tampoco se lo dieran. Tenía que mantener sus emociones a raya y no acercarse a Bryce para no desear tocarlo.

Porque un simple roce de su piel… y estaría perdida.

Capítulo 3

—Lo dejaré estar por el momento —le dijo él al darse cuenta de que le dolía hablar de su pasado.

Ciara sintió un gran alivio.

—Pero no durante mucho tiempo —daría el brazo derecho por saber más cosas de ella.

—No es importante; pero Carolina sí lo es.

De repente, él se puso detrás de ella y la agarró por los brazos. Ciara cerró los ojos, sintiendo que se ahogaba.

—No —susurró ella.

¡Dios santo! «Nadie», pensó. «Nadie me hace sentir como él».

Le estaba costando un gran esfuerzo controlarse y a punto estuvo de girarse en sus brazos.

—Ya has dejado claro que soy la asistenta.

Él acercó los labios a su oído y le susurró:

—Nunca.

A ella le costó trabajo respirar.

—Bryce —murmuró, sintiendo que la presión del cuerpo de él contra el suyo encendía fuegos que no iba a poder sofocar.

—He soñado con que decías mi nombre de esa manera. Aquella noche, sin nombres, sin pasado o futuro. Fue la experiencia más erótica de mi vida.

«La mía también», pensó ella; pero no pensaba admitirlo. Ya le estaba costando bastante mantener el control tal y como estaban las cosas.

Entonces, él la apretó con más fuerza.

Bryce respiró su aroma y, aunque sabía que no debía, presionó los labios contra su cuello.

El gemido de ella fue bajo, pero no tanto como para que él no lo oyera.

—Ciara. Me estás volviendo loco.

—Lo mismo te digo —le dijo ella con los puños apretados en los costados para no tocarlo.

Entonces, él deslizó las manos por los brazos y le acarició la cintura y después el vientre.

Ella sintió que se derretía.

—Bryce, tenemos que olvidarnos de aquella noche. Tenemos que hacerlo o no podré quedarme aquí.

—Es difícil olvidarlo cuanto te he besado, te he saboreado… —deslizó la boca por el cuello de ella—. He estado dentro de ti… —añadió con la voz rota por el deseo.

Un fuerte cosquilleo le recorrió la espina dorsal y sintió que la situación se le escapaba de las manos. Pero estaba decidida a no ceder por lo que, con un terrible esfuerzo, se separó de él.

—¡No!

El la vio alejarse y dirigirse hacia el horno.

La manos de Ciara estaban temblando mientras apagaba el fuego. El también estaba temblando. No tenía ninguna explicación para el calor y la pasión que sentía por ella, simplemente estaba allí. ¿Cómo se suponía que iba a poder controlarla?

Ella le clavó un puñal con la mirada y eso debería ayudar, pero no. Al contrario, le hacía desear penetrar la armadura que se había puesto y descubrir lo que llevaba dentro.

Entonces Carolina gritó encantada.

Y fue la sonrisa que Ciara le dedicó a su hija, tierna y decidida, lo que lo suavizó.

Cuando volvió a mirarlo a él, con indiferencia y frialdad, se preguntó cómo podía cambiar sus emociones con tanta facilidad. Estaba seguro de que él no podría hacer semejante cosa. Eso le recordó que ella había entrado en su vida como una tormenta de verano y había salido con la misma facilidad sin echar la vista atrás. Dejándolo desnudo y hambriento en el suelo de la habitación de un hotel.

En aquel momento, no le importó, pero ahora había más cosas

en juego. Su hija era lo más importante para él y ya se notaba que se había unido mucho a Ciara. ¿Se marcharía con la misma facilidad con la que se marchó entonces?

—Siéntate —le dijo Ciara señalando la silla de al lado de la de Carolina.

Él obedeció.

Ciara sirvió la comida en un plato y la colocó delante de él. Después, sabiendo que la niña estaría tranquila un buen rato más, caminó hacia la puerta.

—¿Adonde vas?

Ella hizo una pausa y lo miró.

—A mi habitación.

Él señaló la mesa.

—¿No cenas conmigo?

—Soy parte del servicio, Bryce. Y necesitamos dejar esa línea bien marcada.

—¡A la porra con la línea! —dijo él, pero al ver que ella se tensaba y su mirada se endurecía decidió cambiar de táctica—. Venga, siéntate conmigo. Es muy aburrido comer solo. Carolina no cuenta muchas cosas que digamos.

La expresión de Ciara se suavizó.

—Vamos —insistió él.

Se levantó de la silla, le sirvió un plato a ella y lo colocó al otro lado de la mesa.

La expresión de ella no podía ser más fría.

—No, Bryce. Tú no estás en el mercado y yo tampoco.

Era tentador, muy tentador. Especialmente cuando Carolina estaba jugando con una bolita de cereal, botando en su silla. Volvió a mirar a Bryce, a la mesa, después, otra vez a la niña. Era como si pudiera olvidarse de su carrera y colarse en sus vidas. Pero no podía. Tenía que cazar a un traidor y un trabajo al que volver, con un poco de suerte, antes de que pasara demasiado tiempo y se olvidara de lo que era la vida de una agente secreta.

Se volvió hacia la puerta y desapareció.

Bryce miró a su hija, que había expresado su opinión con un grito tan fuerte que podía haberlo dejado sordo.

—Es una mujer frustrante, ¿verdad?

Se dejó caer en la silla y agarró el tenedor. Ni vio ni saboreó el

cerdo asado con espinacas y champiñones que ella había preparado. Lo único en lo que podía pensar era en lo fría que podía ser cuando quería.

Cuando acabó de comer, recogió la cocina. Para cuando terminó, Carolina ya estaba gritando para que la bajara de la silla.

La tomó en brazos y se paseó por toda la casa. Acabó en el salón, sentado en un sofá, con la niña en su regazo. Como ésta no se estaba quieta, la dejó en el suelo para que gateara y la persiguió por toda la habitación.

Entonces, escuchó un ruido en la parte de atrás y pensó que Ciara estaría preparando una lavadora. Al saber que estaba tan cerca, se puso un poco nervioso.

Carolina también se dio cuenta, levantó la cabeza y miró hacia la puerta. Después gritó, como si llamara a alguien, y esperó pacientemente una respuesta.

Bryce miró hacia la puerta y esperó a que Ciara apareciera.

Pero no lo hizo.

Aunque sí les llegó su voz.

—Es la hora acostarse, Bryce —dijo desde el vestíbulo—. ¿Por qué no la llevas a la cama?

—Ahora la llevo —contestó él.

Él disfrutó con el ritual de acostar a la niña; pero lo molestó que Ciara no apareciera ni para dar las buenas noches.

* * *

Cambiar pañales y recoger el desorden organizado por un bebé no era nada comparado con las cosas que había tenido que hacer en su trabajo. Por otro lado, vigilar a un bebé que jugaba con la hierba, sentada en un canapé de mimbre en la terraza, era un verdadero placer.

Por primera vez, en mucho tiempo, Ciara no tenía que vigilar su espalda. La casa estaba bastante apartada del pueblo y estaba provista de un buen sistema de seguridad, así que podía relajarse.

—No, cariño. A la boca no —le dijo Ciara a la niña, quitándole la hierba de la mano. Le dio una pala y un rastrillo y se sentó junto a ella para jugar con la tierra.

Se parecía tanto a Bryce que era sorprendente. Sin embargo, con la niña se llevaba a las mil maravillas y con él no.

En aquel momento, él estaba en la oficina, trabajando. Los dos últimos días los había pasado allí y, cuando había vuelto a casa, cansado, se había metido en su despacho para seguir trabajando, sin dar ninguna explicación.

No era que tuviera que dársela. A ella no le importaba; pero Carolina echaba de menos a su papá.

Al menos, le confiaba a su hija, pensó ella.

Pensó que ya hacía demasiado calor para la niña y decidió volver a la casa; pero la piscina era demasiado tentadora, por lo que se sentó en el borde y le mojó los pies a la niña. Ésta pataleó y salpicó y, cuando se dio cuenta de que era ella la que hacía todo aquel ruido, pataleó aún más.

Ciara sonrió al ver a la niña disfrutar tanto. No vio a Bryce de pie en la puerta a unos centímetros de ella. En silencio, observándolas.

Lentamente, dio media vuelta y se marchó. Había ido a casa a ver qué tal estaban. Una voz interior le había dicho que no podía confiar tanto en Ciara; pero al verlas juntas pasándoselo tan bien decidió que, aunque a él lo rechazara, nunca descuidaría a su hija.

* * *

Ciara acostó a la niña para que durmiera la siesta.

Antes, tuvo que desenredar un mechón de pelo que tenía enrollado en la manita. Cuando la tumbó, Carolina se acurrucó e, inmediatamente, se llevo el pulgar a la boca. Ciara la cubrió con una sabana con aroma a flores y, después, se inclinó sobre la cuna para darle un beso.

Se quedó un rato mirándola.

De acuerdo, lo admitía. Cada día quería más a aquella niña, no podía negarlo. No había sido ése su deseo, pero así había sucedido. Aquel bebé la necesitaba tanto…

Pero luego estaba la complicación del padre. Demasiada tensión. Sintió que el estómago se le encogía y el cuerpo se le ponía alerta, hambriento. Tenía el corazón dolido y necesitaba un poco de

cariño; pero eso era algo que no podía buscar en ese momento y menos con un ex agente secreto.

Su entrenamiento de supervivencia no la había estado ayudando mucho. No sabía cuánto tiempo iba a poder mantener la barrera entre ellos, la máscara de frialdad que cada vez le costaba más adoptar.

Bryce la hacía desear lo que no podía tener. Cada día era más consciente de que dormían bajo el mismo techo. Ya había saboreado sus caricias y sus besos una vez, había experimentado todas las experiencias carnales que cualquier mujer podía desear.

Si aquel rato con él en Hong Kong, aquellas pocas horas habían sido tan increíbles, ¿cómo sería una noche entera?

«Déjalo ya», se gritó a sí misma en silencio. «El sexo no lo es todo y, además, te dará de lado en cuanto se entere de que eres de la CÍA».

Tenía que marcharse de allí. Antes de que nadie saliera dañado. Antes de que fuera demasiado tarde. Sólo necesitaba una palabra de su supervisor de que habían capturado a Mark y se largaría de allí para testificar en el juicio y continuar con su trabajo.

Dejó la habitación de la niña y se dirigió hacia la suya. Si Carolina se había adaptado a ella, que al fin y al cabo era una total extraña, podría adaptarse a cualquiera.

Se tumbó sobre la cama y abrió su ordenador portátil. Aunque había desaparecido sin dejar ni rastro, como había hecho cientos de veces antes, siempre había un riesgo que no quería que Carolina o Bryce tuvieran que correr. Se conectó a Internet y desvió la conexión telefónica a través de varios países antes de marcar. Ciara miró hacia la puerta y ocultó el ordenador bajo la almohada.

Katherine Davenport contestó al instante y Ciara fue directa al grano.

—Tienes que remplazarme.

—¿Qué ha pasado?

—No puedo hacerles esto.

—Cariño, tienes que contarme algo más.

—Es él. Kat.

—¿Él? ¿Quién?

—Hong Kong —eso fue todo lo que Ciara tuvo que decir.

—¡Oh, Dios! ¿Aquella noche? ¿El hombre misterioso al que no le

dijiste ni tu nombre?

—Sí —gruñó Ciara.

—¿Bryce Ashland fue tu amante secreto?

—¿Tengo que volver a repetírtelo? Sé que eres bastante inteligente.

—¡Vaya, vaya!

—Intenta estar al lado de este hombre sin que te salten las hormonas.

—¿Te sientes vulnerable?

—No me lo puedo permitir —murmuró Ciara.

Lo que más le apetecía en el mundo era ir con Bryce y pedirle que la hiciera sentirse una mujer de nuevo. Pedirle que le hiciera el amor en lugar de practicar sólo sexo. Sólo eso le demostraba en el lío en el que estaba metida. «Amor» era lo último que necesitaba en aquel momento. Sólo llevaba tres días en aquella casa y ya no podía resistirlo más. Demasiado rápido.

—No puedo quedarme aquí —dijo intentando convencerse a sí misma—. Su hija es adorable y se merece alguien mejor que yo. Alguien que se pueda quedar con ella. Alguien que la cuide como una madre. Tienes que sacarme de aquí.

—Me imagino que puedo… —empezó a decir Kat.

Alguien le quitó el teléfono de la mano a Ciara.

Ella levantó la cabeza y se encontró con Bryce.

—No —dijo él al teléfono.

Ciara se puso de pie de un salto e intentó recuperar el auricular.

—¡Bryce! Esto es una conversación privada.

—Lo siento, pero la he escuchado.

Mantuvo el teléfono fuera del alcance de su mano y Ciara sintió la necesidad de tumbarlo como había hecho con tantos sospechosos; pero eso habría revelado el secreto que tanto quería guardar.

Él volvió a hablar por teléfono.

—No se va a marchar de aquí, así que, quienquiera que seas, olvídalo.

—Soy Katherine Davenport. Ciara quiere marcharse de ahí y quiere que le busque una sustituta.

—No necesito a nadie más y tenemos un contrato.

La voz de Katherine sonó más dura.

—Usted tiene un contrato con mi empresa, no con mi empleada.

Bryce se sintió arrinconado.

—Ella no se marcha de aquí —dijo y colgó.

Ciara contuvo su mal humor dos segundos más y después se abalanzó sobre él.

—¡Cómo te atreves! Era una llamada personal —le dijo con la cara llena de furia.

—Pero afecta a mi hija.

—¡Mentiroso! No tiene nada que ver con Carolina. Me largo de aquí —soltó ella.

Pero antes de que se pudiera mover, él la agarró y, antes de aplastar su boca contra la de ella, le dijo:

—De eso nada.

Capítulo 4

Cualquier respuesta que a Ciara se le hubiera podido ocurrir fue acallada por la boca de él.

Bryce lo puso todo en ese beso, utilizando la fuerza de su deseo y la debilidad de ella por él.

Y funcionó.

Ella empezó a relajarse, le pasó los brazos alrededor del cuello e introdujo los dedos en su pelo.

¡Maldito fuera!

Era igual que hacía cinco años. Pero más fuerte.

La pasión brotó entre ellos como una ola poderosa y Ciara no pudo hacer nada para evitar que la arrastrara, haciendo que se olvidara de todo, llenando el vacío que la había acompañado durante tantos años.

Se rindió.

Después, comenzó a desabrocharle los botones de la camisa y a acariciarle el pecho con avidez.

Bryce no pudo evitar un gemido cuando ella le acarició la piel y un temblor recorrió todo su cuerpo. Entonces, la besó con más intensidad, devorándola, y pensó que iba a desfallecer cuando deslizó la mano bajo la ropa y descubrió que no llevaba nada debajo.

—¡Oh, Ciara! —gimió él, rodeándole los pechos con las palmas de las manos, acariciándole los pezones con los pulgares…

La agarró por los glúteos y ella se apretó contra él.

Bryce le levantó la camiseta y le besó un pezón, succionándolo

con fuerza. Ella gimió de placer y echó la cabeza hacia atrás mientras él la mordisqueaba. Después, se recreó con el otro.

—¡Por Dios, Bryce! Nada ha cambiado —susurró ella.

—No, no —confirmó él, deslizándose hasta el suelo y arrastrándola con él, sin darle ni un minuto para pensar. Sólo quería que sintiera su boca sobre su piel, sus manos acariciando su cuerpo.

Ella se sentó a horcajadas sobre él y lo besó con tal ferocidad que lo dejó tembloroso.

Él seguía recorriéndola con las manos, como si no quisiera olvidarse de ninguna parte.

Ella estaba igual de ocupada, arrancándole la camisa, acariciándolo entre las piernas, midiendo su excitación.

Bryce dejó escapar un sonido lastimero, como el estruendo de una tormenta, la agarró por las caderas y empujó con fuerza para bailar el baile que una vez compartieron.

Ciara se quedó sin aliento y le respondió con el mismo ímpetu, deseando sentirlo dentro de ella. Él seguía devorándola mientras le acariciaba entre las piernas, acercándose a su dulce y húmedo centro.

Entonces, ella sintió que no podía hacer aquello.

Todo su cuerpo se tensó y él lo notó al instante. Levantó la cabeza y entendió que aquello no iba a continuar.

—No puedo hacerlo.

—Lo estabas haciendo muy bien hace un segundo.

Ella se levantó y se colocó la ropa.

—Por esto quería marcharme. No puedo quedarme aquí en estas condiciones.

—Tú me deseas.

Ella dejó escapar una risotada.

—No creo que haya ninguna duda al respecto.

—Me estás volviendo loco.

Ella lo miró con ternura y a él el corazón le dio un vuelco. Ojalá lo mirara así siempre.

—Lo sé, pero…

—¿Pero qué?

—No puedo levantarme por la mañana y ponerme a trabajar como si nada.

Él se restregó la cara. Todavía le costaba respirar; pero ella tenía

razón.

—Aquella noche en Hong Kong nos utilizamos el uno al otro, Bryce. Fue sólo sexo. Los dos lo sabíamos, por eso no hubo nombres. Si yo hubiera querido algo más…

—Lo sé —dijo él haciéndole frente—. Me habrías buscado. ¿Pero alguna vez pensaste en lo que yo quería?

Él había recorrido toda la ciudad buscándola.

—No podía. Todavía no puedo.

—¿Por qué?

¿Qué diablos ocultaba?

—Tengo mis motivos. Y tú ya has dejado claro que no estás buscando esposa. Si me acostara contigo siendo tu niñera sería caer muy bajo.

—No digas esas cosas.

—Bueno, eso es lo que siento. Hace cinco años, nos utilizamos el uno al otro y a mí no me pareció mal. Pero eso fue entonces. Ahora, es diferente. Me iré mañana por la mañana.

Se volvió hacia el armario y sacó las maletas.

—¿Qué pasa con Carolina?

—Es una niña muy buena. Aceptará a cualquiera —dijo Ciara mientras abría los cajones y empezaba a sacar las cosas.

Bryce se quedó allí observándola, todavía no se había recuperado de la pasión del beso. Sabía con toda certeza que, si la dejaba irse, no volvería a verla nunca.

Ella lo había atrapado hacía cinco años y lo acababa de atrapar hacía cinco segundos. Y sabía que estaba a punto de hacer el idiota por una mujer que no quería estar con él.

—Hay un problema —dijo él, pero ella siguió haciendo la maleta —. No aceptará a cualquiera; la ultima niñera no la trató bien.

Ciara se volvió hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—Un día llegué a casa de manera imprevista y Carolina estaba en su parque, llorando, con el pañal mojado, sucia y hambrienta. Y, por su aspecto, parecía que llevaba así varias horas. Dios sabe qué más le hizo aquella mujer.

Una furia instantánea se apoderó de Ciara.

—¿Tenía algún golpe?

—Gracias a Dios, no.

—¿La denunciaste?

—¿Con qué pruebas? La despedí, llamé a la agencia y contraté a otras personas. Pero Carolina lloraba con todas sus fuerzas cada vez que un extraño se acercaba a ella.

Ciara frunció el ceño.

—Conmigo no lloró.

—A eso me refiero.

—Esto no es justo, Bryce —se quejó ella.

Él lo sabía. Igual que sabía que en el fondo quería que se quedara por algo más que por el bienestar de su hija.

—Puedes encontrar a alguien —le dijo, dándole la espalda. No podía quedarse, lo deseaba con demasiada intensidad. Y ya habían llegado demasiado lejos.

—No tengo tiempo —respondió él—. Tengo demasiado trabajo atrasado y no puedo permitirme pasar mucho tiempo buscando a una niñera, ni tampoco, como te he contado, aceptar a la primera que llegue.

Ciara se encogió de hombros. La estaba convenciendo y sus técnicas de supervivencia parecían no funcionar con Bryce Ashland.

—Hazlo por Carolina. Estoy desesperado.

Bryce se sintió como si estuviera perdiendo una batalla que no estaba seguro de querer ganar.

Ciara le dedicó una mirada fría como el hielo. Era como si pudiera quitarse el corazón y dejarlo en una repisa.

—De acuerdo; me quedo.

Él sintió que lo invadía una sensación de alivio mezclada con temor.

—Pero con una condición: que no me toques.

—De acuerdo —aceptó él.

Ella lo miró con sospecha y él vio a la mujer que con tanta facilidad lo había dejado en Hong Kong.

En aquel momento, Carolina gritó y, sin mirarlo siquiera, Ciara corrió hacia la habitación de la niña.

Quizá dejara el corazón en una repisa en todo lo referente a él, pero estaba claro que con la niña volvía a ocupar el lugar que le correspondía en su pecho.

Él miró la maleta y salió de la habitación preguntándose por qué no lo dejaba correr. Ya había destrozado la vida de Diana, ¿qué le

haría a Ciara si ella le daba la oportunidad?
Pero parecía que ella no iba a darle esa oportunidad. Probablemente eso era lo mejor.

* * *

Tres días más tarde, en la oscuridad de la noche, Ciara se escabulló de la casa y se dirigió al cenador. Se sentó en un banco de piedra y abrió el ordenador. En cuanto se puso a teclear, una emoción familiar comenzó a recorrerle las venas. Desvió la conexión a través de un hotel en Suiza, un aeropuerto de Australia y una docena de otros países antes de acabar en su departamento de la CÍA. Ciara escuchó el tono de llamada del teléfono del ordenador a través de los auriculares y al instante le respondió su supervisor, la única persona en la que podía confiar.

—Patterson.

—Índigo, Alfa,
4-0-8
—dijo Ciara y escuchó los sonidos que codificaban la llamada.

—¿Qué tal te va, niña?

Sólo a su jefe se le ocurría llamar a un agente de treinta años niña.

—Bien. ¿Ya hay luz al final del túnel?

—Todavía no. Sigue libre, Va a llevarnos algún tiempo. Me pondré en contacto contigo.

Su primer instinto le dijo que estaba metido en aquello con Faraday y que estaba intentando localizarla.

—No puede ser. Estoy bien escondida —dijo echando una mirada hacia la mansión.

Ciara estaba entrenada para la vigilancia y sabía mucho más sobre satélites, armas y terrorismo que sobre cómo se llevaba una casa y a una niña.

Y más que sobre cómo evitar a Bryce.

Él había cumplido su promesa de no tocarla y su relación era estrictamente profesional. De hecho, ni siquiera la miraba. Se había dedicado a trabajar noche y día y ella tenía que reconocer que lo echaba de menos.

—¿Sigues ahí?

Ella pestañeó para apartar a Bryce de su mente.

—Sí. Te mandaré un recuerdo.

—¡Qué bien! ¿Son calcetines?

Se alegró de que la carta donde le explicaba todo va estuviera en camino. También había enviado ya la cinta con la prueba de que Mark Faraday había traicionado a su país a una persona neutral. La había mandado a través de varias oficinas de correos para cubrir su escondite.

—Mejor que eso. Llamaré más tarde. ¿No irá a perjudicar mi carrera estar unos días sin trabajar, verdad jefe?

A través de los auriculares sólo oyó una risa metálica, pero en su mente la reemplazó por la risa que ella conocía tan bien.

—No te preocupes por eso.

—Me imagino que me estoy poniendo nerviosa. Hasta pronto.

Colgó la línea de Australia primero; no quería dejar ningún rastro. Era ella la que estaba corriendo todos los riesgos por su país, no ellos. Guardó el ordenador en el maletín y se dirigió hacia la casa.

Se quedó helada cuando una sombra se acercó a ella en el vestíbulo.

—Vaya, Ciara —dijo Bryce cruzándose de brazos—. ¿Me vas a decir qué hacías ahí fuera en mitad de la noche? ¿Y con eso? ¿Qué es? Ciara se tensó.

—Mi ordenador personal. Era realmente pequeño y pensó que nunca había visto uno tan delgado.

—¿Qué hacías con él ahí fuera?

—Usándolo. ¿Hay algún problema?

—Pues sí porque tengo la sensación de que me estás engañando.

Ella suspiró y miró al techo.

—Hacía una noche muy bonita y me apeteció salir.

Bryce entrecerró los ojos. Sabía que había algo más. ¡Pensó que quizá había estado hablando con un hombre y sintió una puñalada de celos en el pecho! Pero ¿por qué actuaba así? ¿Por qué se ponía tan celoso si no quería ninguna relación con ella? ¿Con ninguna mujer? No tenía ningún derecho a preguntarle qué hacía en su tiempo libre.

—¿Y tú qué hacías? ¿Espiándome?

—No. No podía dormir.

«Porque tú duermes bajo el mismo techo que yo», añadió para sí.

—Bien, porque recuerda que la única razón por la que estoy aquí es Carolina.

Él sonrió de repente.

—Tienes debilidad por los niños, ¿verdad?

Ella inclinó la cabeza, agradecida por el cambio de tema.

—Sí. ¿Quién lo habría dicho, eh?

Ciara sintió que la recorría de los pies a la cabeza. Llevaba puesto un camisón, pero él la desnudó con la mirada.

—Sé que Carolina me echa de menos. Estoy a punto de cerrar este negocio. Cuando lo consiga, tendré más tiempo.

«Entonces, será el momento de marcharme», pensó ella. Sólo se quedaría allí hasta que capturaran a Mark y ella pudiera salir de su escondite. ¿En qué lío se había metido? Se había colado por la niña y el papá la volvía loca. ¡Vaya! Desde luego, eso era mucho más de lo que ella se había figurado.

—¿Quieres un vino? Eso te ayudará a dormir.

¡Vaya!, se sorprendió él; cambiaba más que el viento.

—Claro.

Ciara le sirvió un vaso.

—¿Tú no bebes?

—Yo no tengo problemas de sueño.

—Una conciencia tranquila, ¿eh?

—¿Tú te sientes culpable por algo?

—No —respondió él con una sonrisa extraña—. Soy inocente.

Pero sus pensamientos explotaron con las imagines de Diana y un sentimiento de culpabilidad lo invadió.

Su expresión cambió. Tragó su bebida, mirando fijamente a un punto en la ventana, deseando que el vino borrara la imagen de Diana muriendo al dar a luz a la hija de un hombre que no la amaba.

En aquel instante, no podía recordar ningún buen momento y eso le dolía tanto como el sentimiento de culpabilidad. Apenas podía recordar a Diana sonriendo, lo que se sentía al abrazarla. ¡Y todavía no había pasado ni un año de su muerte!

¿En qué clase de hombre lo convertía aquello?

No se merecía nada, pensó y levantó los ojos hacia Ciara.

Capítulo 5

Ciara lo miró con los ojos entrecerrados, preguntándose en qué agujero estaba metido para tener aquella expresión distante y cargada de dolor.

¿Tendría la conciencia intranquila? ¿Aquel tipo con aspecto de buen chico?

—Esa mirada me está provocando mucha curiosidad —dijo ella.

Él pestañeó.

—No es nada.

La sonrisa que le dedicó fue devastadora y ella sintió que se derretía.

Bryce se dirigió hacia el mirador y ella lo siguió como un cachorro.

«Patético», pensó al ver su propia reacción. ¿Tan necesitada estaba de compañía masculina?

Él se dejó caer en un sillón de mimbre y ella se sentó en su esquina favorita mirando hacia el paisaje. La luna brillaba sobre el agua, dejando una estela blanca, y ella dejó escapar un suspiro. Aquel lugar era maravilloso. Si las cosas fueran de otra manera, quizá podría haber soñado con quedarse allí. Una sonrisa cruzó su rostro por lo absurdo de aquella añoranza.

Bryce dio un trago a su copa, mirándola. La bata se le había deslizado un poco por el hombro, y el pelo le caía por la espalda en una cascada de rizos castaños. Él dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Estás preciosa, Ciara.

Los labios de ella se curvaron suavemente, pero no apartó los ojos de la ventana.

—Gracias.

Ningún hombre le había dicho aquello en mucho tiempo. Pero que se lo dijera él era peligroso.

Enseguida cambió de tema.

—¿Por qué dejaste el Servicio Secreto?

—Mi mujer me necesitaba aquí —respondió él.

Nunca había dicho aquellas palabras en voz alta. Siempre había buscado otras excusas: que estaba cansado de viajar, de los riesgos… Pero la verdad era que se había sentido responsable de la felicidad de su mujer. O tal vez, se había sentido responsable porque sabía que ella no lo era. Él no había podido amarla y eso había arruinado su vida. Era así de sencillo y así de difícil de olvidar.

—No le gustaba que viajaras, ¿verdad?

—A Diana no le gustaba quedarse sola y… preferiría no hablar de ella.

«Contigo, no», pensó para sí.

Ciara asintió, comprendiendo los sentimientos de su difunta esposa.

Ésa era una de las razones por las que ella no se había casado y por las que la mayoría de sus compañeros estaban solteros o divorciados: los agentes secretos nunca estaban en casa cuando sus familias los necesitaban.

«Lo que llegamos a hacer por nuestro país», pensó ella.

—Eres muy afortunado. Este lugar es fantástico —dijo ella sin apartar los ojos de la ventana.

Él estudió su cara. Parecía serena y feliz. Como si fuera la primera vez en su vida que se relajaba.

—Parece que no te hace falta mucho para ser feliz.

—Me había olvidado de los placeres sencillos de la vida. Me imagino que no he tenido mucho tiempo libre.

—Yo tampoco. ¡Ojalá pudiera pasar aquí más tiempo! Tengo un pequeño bote desde que tenía dieciséis años —dijo él y se acercó a ella para mirar por la ventana—. Me conozco el río de cabo a rabo.

—¿Desde cuando no sales con él?

—Ni me acuerdo —dijo él con un suspiro.

A ella le estaba resultando difícil concentrarse en la conversación. Sobre todo, porque él la estaba mirando fijamente.

Bryce tomó un tirabuzón y jugueteó con él un poco. Después lo volvió a soltar.

—¿Estás intentando seducirme?

—¿Funcionaría?

—Claro.

Sus músculos se tensaron.

—Pero eso no es lo que quieres, ¿verdad? —dijo él con el ceño fruncido—. ¿Cómo puedes estar tan segura?

—No lo estoy; pero tú puedes tener a la mujer que quieras. Quizá yo esté a mano, pero no soy de las de para siempre.

—¿Quién ha dicho que yo quiera alguien para siempre?

—Ya hemos hablado de esto, ¿te acuerdas? Ayer. ¿O fue anteayer?

—¿O fue hace cinco años?

Ella apretó los labios.

—Tienes que olvidarte de eso.

Él lo sabía pero no podía evitarlo.

—No puedo dejar de imaginarte…

—No.

—De recordar las caricias…

—Bryce. Déjalo —dijo poniéndose de pie de un salto.

—¿Te escapas de nuevo, Ciara?

—Me voy a quedar aquí por Carolina. Será mejor que te mantengas alejado de mí.

—Ya lo intento —respondió él—. Pero no puedo evitar sentir una necesidad imperiosa de tocarte.

—Pues métetela donde puedas. No voy a dejar que me utilicen de nuevo.

¿De qué estaba hablando aquella mujer? ¿Se refería a Hong Kong o estaba hablando de otra persona?

—Mira, Bryce, una noche fue todo lo que tuvimos. No te podría dar más de eso aunque quisiera.

Él la miró fijamente.

—¿Por qué será que ahora sí te creo?

—Porque te estoy diciendo la verdad. No podemos tener nada.

Él no dijo nada más. Se puso de pie y dio un paso hacia atrás.

Pero aquel hombre tenía armas demasiado potentes. Tenía los ojos más *sexys* que había visto en su vida. Y esa mirada picara que decía tanto y que la hacía sentirse como una flor exótica cuando ella era de lo más normal.

Ahora estaba perdiendo el tiempo con ella. Ella no podía… no se dejaría arrastrar. Aunque deseara con todo su ser aceptar la promesa de aquella mirada aterciopelada.

—No es fácil mantener las distancias —le dijo él.

—Ya lo sé —dijo ella, riéndose con suavidad.

—Y si dejaras de mirarme así, sería más fácil.

—¿De mirarte cómo? —preguntó ella.

—Como si quisieras que te desnudara ahora mismo.

Claro que quería aquello. Lo deseaba con toda su alma.

—Estás viendo lo que quieres ver —mintió ella, pensando que tenía que aprender a controlarse.

Él movió la cabeza.

—Si hay algo que conozco de ti, Ciara, es tu mirada cuando me deseas.

¿Cómo era posible que la conociera tan bien cuando su trabajo consistía en fingir, en esconderse?

—Será mejor que pienses en mí como en la niñera, eso te ayudará.

—De acuerdo —dijo él, poniéndole las manos sobre los hombros.

—Pero tienes que dejar de tocarme.

—Sólo una vez más —susurró él acercando la boca a la de ella.

Sólo con mirarlo a los ojos, Ciara supo que estaba perdida.

Entonces, la boca de él se posó sobre la de ella y Ciara sintió que se derretía y que su voluntad caía al suelo fundida en un charco.

Esa vez la caricia fue lenta, templada. Y su beso, suave, controlado.

Con exquisita paciencia, Bryce saboreó sus labios, deslizó la lengua por la cálida apertura, haciendo que la cabeza le diera vueltas.

Lentamente, apretó su cuerpo al de ella.

No era justo, pensó Ciara. Aquello era diferente.

Ya no se trataba de la pasión descontrolada. Era seducción. Simple y llanamente. Lenta y deliberada.

Él movió la lengua en el interior de su boca y ella gimió sin poder evitarlo. Lo rodeó con los brazos y se apretó con fuerza a él.

A diferencia de los otros besos, ése rezumaba emoción y hacía que el corazón se le encogiera.

Apoyó las manos en su espalda y una fuerza que la hizo sentirse segura y querida la invadió.

Su boca recorrió la de ella de arriba abajo, de dentro afuera. Lenta y eróticamente. Dulce y enervantemente al mismo tiempo. Envolviéndola.

Era la última vez que se dejaba hacer eso.

La última vez que se abría por completo a él para disfrutar de aquel momento y atesorarlo para cuando volviera a estar sola. Cuando deseara las cosas que no podría tener. Como una vida con él y su hija.

Esa idea la sacudió hasta las entrañas.

Separó la boca de él y se apartó de sus brazos.

Se llevó con una mano temblorosa a la boca y lo miró a los ojos.

—No vuelvas a hacerme esto en la vida —susurró con la voz cargada de pasión antes de darse la vuelta y huir a su dormitorio.

Él sabía a qué se refería. No quería que la besara de aquella manera, como si lo sintiera. Que la abrazara como si nunca la fuera a dejar marchar.

Él también había sentido la diferencia. El cambio en él y en ella. Sólo había sido un momento, pero había sido suficiente. Ese beso le había llegado al alma. Lo había empeorado todo; pero no había podido evitarlo.

No había conseguido sacársela de la cabeza en cinco años y ahora la iba a llevar en la sangre.

¿Cómo diablos iban a conseguir seguir viviendo juntos como si entre ellos no hubiera nada?

* * *

Tenía lo que se merecía, pensó Bryce cuando, a la mañana siguiente, Ciara le dedicó una mirada de hielo. Estaba muy enfadada, como si la noche anterior hubiera traspasado una línea invisible en sus defensas. A pesar de todo, el muro volvía a estar en

su lugar, con la puerta bien cerrada.

Apenas había podido pegar ojo en toda la noche y, por las ojeras de ella, parecía que le había sucedido lo mismo.

—Vamos a vestirte, cariño —dijo mientras sacaba a la niña de la silla.

—¿Vais a algún sitio? —preguntó él, dejando la taza de café sobre la mesa.

—Al parque.

—Asegúrate de ponerle crema protectora porque…

—Ya lo sé —lo interrumpió ella sin mirarlo.

El silencio entre ellos se hizo muy espeso hasta que Bryce lo rompió:

—Ciara, con respecto a anoche…

—No —volvió a interrumpirlo ella—; no quiero oír nada más sobre el pasado, ni de anoche, ni de hace cinco años. Sólo Carolina. ¿Está claro?

Se puso a la niña sobre la cadera y se marchó sin esperar respuesta.

No iba a poder mantener las distancias si él se empeñaba en sacar a relucir la atracción sexual entre ellos. Además, ahora no sólo era la atracción sexual. El beso de la noche anterior había sido muy diferente a cualquier otro y le había asustado horrores porque la había hecho sentirse desnuda, vulnerable y débil. Y también le había hecho desear una vida que no tenía nada que ver con ella.

Ella estaba allí de paso.

Era una agente de la CÍA. Una especialista en vigilancia, y era muy buena.

Si Bryce lo supiera, la echaría de allí inmediatamente.

No se había equivocado con él. Era un enemigo demasiado poderoso. Especialmente, cuando la besaba como… como si la adorara. Como si quisiera algo más de ella que revivir una noche pasada.

Bryce la siguió, mientras se ponía la chaqueta. Sabía que algo había cambiado con aquel beso. Pero no quería pensar en eso; ya había destrozado la vida de una mujer y no quería destrozársela a otra.

—Me marcho —dijo él.

Su hija llamó su atención y él se acercó a darle un beso.

—Hasta luego, princesa —dijo acariciando la cabeza de la niña y, después, miró a Ciara.

Ella lo miró con los ojos de hielo y se volvió hacia las escaleras, con el olor de la colonia de él en la nariz, sintiendo el calor de su cuerpo.

«Maldito sea», pensó para sí.

Bryce caminó hacia la puerta. Estaba a mitad de camino cuando algo lo hizo pararse. Miró hacia atrás, por encima del hombro, sin querer reconocer que necesitaba mirarla una vez más.

Aún de espaldas, ella radiaba una tensión distante hacia él; sin embargo, Carolina reía y balbuceaba en sus brazos, sin darse cuenta del problema entre ellos.

Bryce se preguntó, por enésima vez, por qué desaparecían todos sus motivos para no involucrarse con nadie con sólo mirarla. Tuvo que admitir que Ciara era una debilidad con la que no había contado.

Y tenía que luchar contra ella.

No le iba a resultar muy fácil, se dijo al cerrar la puerta a sus espaldas. Pero su vida con Diana era un buen recordatorio de lo infeliz que podía hacer a cualquier mujer.

* * *

-Ciara, mira quién quiere unirse a la fiesta.

Ciara estaba en la piscina, enseñando a nadar a tres niños y levantó la cabeza para mirar a Hope, la hermana de Bryce. La mujer señaló hacia Carolina que estaba intentado salirse del parque.

Ciara sonrió.

—Dios mío. Todavía no sabe andar y ya quiere correr.

Le dijo a los niños que se sentaran en la piscina y fue hacia la niña para apartarle la pierna del borde y decirle que eso no se hacía.

Carolina hizo un puchero.

—A mí no me mires con esa cara, jovencita —le dijo Ciara—. Esto lo hago por ti.

La niña se sentó en el parque y comenzó a llorar desconsoladamente. A Ciara le dio pena y la tomó en brazos.

—La mimas demasiado —dijo Hope mientras se dirigía hacia la piscina para ocupar el puesto de Ciara.

Ella sabía que tenía razón, pero no podía dejarla llorando en su parque, sobre todo, después de lo que le había pasado con la niñera anterior.

Se sentó en un sillón de mimbre y miró a los niños y a sus madres jugar en la piscina.

Había conocido a Hope en el parque. Ésta había reconocido a Carolina y pronto se pusieron a charlar amigablemente. Eso la sorprendió bastante porque no estaba acostumbrada a charlar con otras mujeres que no fueran agentes o fuentes de información. Nunca creyó que fuera posible entablar una amistad tan rápida con Hope y sus dos amigas, Portia y Katey. Sobre todo teniendo en cuenta lo poco que tenían en común.

Aquella mañana, la realidad le había dado de lleno en las narices cuando se dirigía hacia el parque y se encontró buscando francotiradores, una ruta de escape u otras amenazas. Le llevó un par de minutos darse cuenta de dónde estaba y tuvo que recordarse a sí misma que no estaba en peligro, que todo de lo que tenía que preocuparse era de que Carolina estuviera bien atendida. No estaba muy acostumbrada a vivir sin ese tipo de inquietudes y se preguntó si alguna vez podría olvidarse de su pasado y ser una mujer normal.

Porque ser normal era algo que últimamente le parecía bastante atractivo.

Cuando el calor empezó a apretar, Ciara sugirió a Hope y a las otras mujeres que fueran a la piscina. Las mujeres aceptaron encantadas.

Parecía que hacía tiempo que Hope no iba por la casa de su hermano porque éste no la invitaba. Algo que Ciara desaprobó por completo y que la hizo sospechar que Bryce todavía estaba afligido por la muerte de su esposa.

Pero, entonces, recordó que ella misma tenía una familia a la que hacía años que no veía. ¿Quién era ella para criticar a nadie?

De repente, Hope se sentó a su lado con una sonrisa radiante.

—¿Qué tal se vive con mi hermano mayor? —preguntó alegremente.

Ciara ya se había preguntado cuándo empezarían las preguntas personales y parecía que el momento había llegado. Hasta entonces,

se habían tratado con amabilidad y cortesía, pero sabía que las mujeres se estaban muriendo de ganas por preguntarle cosas sobre Bryce.

—Bien.

—Últimamente, me he dado cuenta de que trabaja hasta muy tarde.

—Me imagino que se estará poniendo al día —dijo en voz alta. «Y evitándome a mí», añadió para sí.

—Tonterías —intervino Portia, acercándose a ellas con su hijo apoyado en la cadera—. Se está ocultando de la vida. Él puede permitirse trabajar menos.

—Es verdad. Nunca sale y rara vez va a las reuniones familiares. Creo que ése es el motivo por el que mis padre se marcharon a Florida, se cansaron de sus negativas —añadió Hope.

—Acaba de perder a su esposa —dijo Ciara para defenderlo.

—Ya lo sé; pero no era muy diferente antes de que Diana entrara en escena. Se tomó el asunto de agente secreto demasiado en serio.

—Bueno, es que es un trabajo muy serio —respondió Ciara, preguntándose qué pensarían de ella si supieran que ella trabajaba en lo mismo—. Creo que todavía le pesa haberlo dejado.

—¿Por qué lo crees?

—No lo hizo por propia voluntad, sino porque Diana quería que pasara más tiempo con ella.

—Debe haberla amado mucho para dejar su trabajo por ella.

Las otras mujeres intercambiaron una mirada extraña.

—Ah, no —murmuró Katey.

Ciara acarició el pelo de la niña. Estaba muerta de curiosidad, pero no quería preguntar nada.

—Diana y Bryce se conocieron durante muy poco tiempo —siguió contando Hope—. Creo que sólo estuvieron juntos una noche.

«Igual que conmigo; pero con ella se casó», pensó Ciara. De repente, no le gustó el giro que habían tomado sus pensamientos y no quería escuchar nada más sobre Bryce o su esposa.

—Tengo que darle de comer a Carolina —dijo, poniéndose de pie—. ¿Queréis preparar algo para los niños?

Las otras mujeres intercambiaron una mirada maliciosa que Ciara no vio.

—Hemos traído la comida —le dijo Hope, señalando unas bolsas

—. Pensábamos darles de comer en el parque, pero aquí se está mucho mejor.

—Sí. El agua los dejará exhaustos —dijo Katey—. Quizá así me deje un rato libre para disfrutar del hombre con el que me he casado.

Mientras tanto, Portia, con su hijo en brazos, agarró su bolsa y la puso sobre la mesa. Sacó un pañal, las toallitas y un biberón. Se las arregló para preparar la comida de su hijo mayor, dar de comer al bebé y cambiarlo. Y todo aquello mientras charlaba animadamente con las demás.

Increíble.

Ciara dejó a Carolina en el parque para ir a prepararle la comida. Cuando volvió con la silla de Carolina, se encontró con las otras mirándola fijamente.

—¿Qué pasa?

Entonces se dio cuenta de que no la estaban mirando a ella, sino que sus miradas estaban fijas en un punto detrás de ella.

De manera instintiva, se volvió con la silla por delante, a modo de protección. Sin quererlo, golpeó con las patas al hombre que estaba detrás y lo empujó con tal fuerza que lo envió tambaleante hacia la piscina.

De manera automática, extendió una mano para evitar que Bryce, con su perfecto traje de chaqueta, cayera al agua.

Capítulo 6

Con los ojos muy abiertos por la sorpresa, Bryce se agarró a la mano que Ciara le tendía e intentó mantener el equilibrio, pero no lo consiguió. La fuerza de su peso y el empuje de la gravedad los envió a los dos al agua.

La piscina era muy poco profunda y Bryce la tuvo que agarrar con fuerza entre sus brazos para que no se diera con el cemento del fondo. Ella consiguió ponerse de pie a la primera y, después, lo agarró a él por las solapas para ayudarlo.

Cuando salieron a la superficie, a los dos les faltaba el aire.

—¿Estás bien? —le preguntó Ciara por encima de las risas de los demás.

—Un poco mojado —respondió él con calma, pensando que parecía que hacía semanas que no la tenía tan cerca.

—Bien —dijo ella soltando la chaqueta—. Te lo mereces por acercarte a mí con tanto sigilo.

—No iba con sigilo, sólo estaba quieto —protestó él.

Sus ojos se posaron en sus curvas redondeadas, después subieron hacia arriba. A ninguna otra mujer en el planeta podía quedarle tan bien aquel bañador, pensó él. Le provocaba visiones de cómo estaba sin él.

Ciara podía sentir su mirada clavada en ella, quemándola, e intentó ignorarla. Miró hacia Carolina, que estaba agarrada al borde del parque y saltaba arriba y abajo. Después, vio a Hope, Portia y Katey, las tres con una gran sonrisa en los labios. Les envió una mirada enfadada y salió de la piscina.

Bryce se quitó los zapatos y los lanzó fuera, después siguió a Ciara.

—Hola hermanita —le dijo a Hope cuando salió del agua.

Ella le sonrió.

—Bonita entrada.

—Deberías haberla avisado de que estaba detrás.

—¿Cómo íbamos a imaginarnos que se iba a volver de esa manera? —dijo Hope, con la sonrisa todavía en los labios.

—Eso, Bryce, ¿qué le has hecho para que esté tan a la defensiva? —preguntó Portia, mirando a Ciara.

—Nada —respondió ella, tirándole a él una toalla.

Bryce apartó la cara y agarró la toalla con el ceño fruncido, preguntándose por qué estaba de tan mal humor. Él era el que se había quedado sin un traje muy caro y tenía un aspecto de tonto frente a cuatro mujeres.

—¿No deberías estar en el trabajo? —preguntó Ciara, recogiendo la silla del suelo.

La abrió y la puso a la sombra, después entró en la cocina por la comida de la niña.

—Parece que está enfadada por algo —se burló Hope de su hermano.

—Creo que no le gustan las sorpresas —respondió él, tomando a su hija en brazos. Carolina tembló al entrar en contacto con la ropa mojada de su padre, aun así, se abrazó a él y le dio un beso.

Él la dejó en la silla alta y le aseguró el cinturón.

Desde el interior de la casa, Ciara observó a Bryce.

Tenía el traje estropeado por su culpa; pero ella había actuado de manera instintiva y había recordado demasiado tarde que no había nadie de quién protegerse. Apoyó los codos en la encimera de la cocina, puso la cara entre las manos y dejó escapar un profundo suspiro. Aquel hombre la ponía furiosa. Nunca lo admitiría ante nadie, pero sólo mirarlo la hacía pensar en todo lo que se estaba perdiendo.

Ciara movió la cabeza enfadada consigo misma y pensó en su trabajo, en su carrera dentro de la CÍA y en lo que había luchado para llegar donde estaba.

Su trabajo era una mezcla emocionante de intriga y peligro. Era digno. Un deber con su país.

El gusanillo de la emoción le recorrió el cuerpo y pensó que debía volver cuanto antes a lo que mejor hacía: llevar un arma, dar órdenes y capturar a «los malos». Afortunadamente, esa necesidad no había desaparecido por lo que pensó que lo único que tenía que hacer era mantener a Bryce alejado de su mente.

«Entonces, ¿qué pasa con tu corazón?», le preguntó una voz interior.

Dios, realmente debía volver cuanto antes a su verdadero trabajo, pensó agarrando el plato de Carolina.

Salió a la terraza y le dio el plato a Bryce.

—Toma, sé un buen padre.

—Lo siento —dijo él devolviéndoselo—. Tengo que cambiarme y volver al trabajo. Sólo había venido a comer con mi hija; pero no pensaba ir de cabeza a la piscina.

—Ha sido culpa tuya, Bryce, no mía.

—Eres temible con una silla.

Ciara casi sonríe. Casi.

—Dile adiós a papá, cielo —le dijo Ciara a Carolina y se sentó a su lado para darle la comida.

Hope miró a su hermano con el ceño fruncido, pero las otras mujeres seguían sonriendo.

Bryce se sintió como un intruso.

Carolina chilló y le ofreció comida con los dedos. Bryce se inclinó y la tomó.

—No te creas todo lo que mi hermana te diga de mí —le susurró a Ciara al oído.

—¿Qué te hace pensar que vamos a hablar de ti?

—La conozco muy bien. Es curiosa por naturaleza.

—¿Tienes otras instrucciones?

Bryce sintió el hielo de sus palabras.

—Sí. Tranquilízate o te beso aquí mismo.

Los ojos de Ciara brillaron.

—No me amenaces, Bryce.

—No es una amenaza —respondió mirándola a los ojos.

Le dio un beso a su hija y después se incorporó.

—Encantado de verlas, señoras. Que se diviertan.

—Más de lo que imaginas.

—Bryce, ten cuidado de no dejar toda la casa llena de agua; la

mujer de la limpieza ha venido hoy.

—Sí, señorita —le dijo y le dedicó una sonrisa tan brillante que le causó un gran impacto.

Ciara se la devolvió.

Hope agarró el brazo de su hermano cuando éste pasó por su lado.

—¿Qué hay entre vosotros?

—Nada —respondió él.

—Mentiroso. Es una mujer muy agradable, Bryce. Y si has decidido salir de tu reclusión con ella, ten cuidado.

—¿Me estás advirtiendo?

—Claro que no. Pero, hasta ahora, te has portado como si la muerte de Diana fuera culpa tuya.

—Y lo fue.

Hope negó con la cabeza con tristeza, alejándose aún más del grupo.

—¿Olvidas que yo la conocía muy bien? Ella quería que os presentara. ¿Sabías que después de vuestra primera y única cita hablaba como si todo vuestro futuro estuviera planeado?

La cara de él se tensó.

—¿Por qué no me dijiste todo eso antes? —preguntó en un susurro.

Ella dio un paso hacia atrás.

—Porque no estabas dispuesto a escuchar. Ella quería lo que Portia, Katey y yo teníamos: una casa bonita y una familia. Creo que no le importaba quién se la proporcionara o el orden en el que aparecieran en su vida. ¿Por qué crees que yo no quería presentártela aunque la conocía desde hacía mucho tiempo?

—Pensé que no querías que saliera con una amiga tuya.

—Te recuerdo que nunca saliste con ella. Un día, ella apareció y os fuisteis a la cama.

Él sintió que se ponía rojo. Pero la verdad era que tenía razón. Lo único que le había interesado de Diana era acostarse con ella. Quizá por eso se sintió tan mal consigo mismo después. Diana era amiga de su hermana y eso lo hizo sentirse peor.

—No importa, Hope. Yo me casé con ella porque estaba esperando un hijo mío.

—Lo sé, lo sé; pero tú no fuiste el culpable de su muerte. Fue su

salud, no tú.

Él abrió la boca para decir algo y la volvió a cerrar.

Ya lo sabía. No era un idiota en lo referente a su esposa. Pero él se fue a la cama con ella con la intención de despedirse a la mañana siguiente. Era despiadado, pero era la verdad. Si no se la hubiera llevado a la cama, ella no se habría quedado embarazada y la diabetes gestacional y la tensión no habrían acabado con ella.

Si ella había planeado atraparlo, había hecho un buen trabajo; pero había pagado un precio muy alto. Sin embargo, eso no cambiaba nada, porque, al final, cuando estaba muriéndose, lo odiaba con toda su alma por no amarla.

—No me estás escuchando, ¿verdad? Lo puedo ver en esa mirada perdida —dijo su hermana.

—Sí te he escuchado y sé que, si Diana viviera, ahora estaríamos divorciados.

—¿Y…?

—Que no quiero volver a meterme en un lío de ese calibre.

—Chico, eres un rollo.

Él ahogó una risita y le dio un beso a su hermana.

Ella lo agarró del brazo.

—Hace mucho que no vienes por casa. Te echamos mucho de menos. ¿Qué crees que necesitas para animarte un poco?

Antes de responder, miró hacia la piscina y su mirada se cruzó con la de Ciara.

«A ella», se dijo para sí.

* * *

Ya habían pasado unos días desde el incidente de la piscina y Ciara apenas había visto a Bryce. Afortunadamente, a quien sí había visto a menudo era a sus nuevas amigas, con las que pasaba buenos ratos charlando. Estaba empezando a gustarle demasiado aquella vida y cada vez le apetecía menos llamar para saber si habían capturado a Mark o no.

Pero aquélla era su vida.

Un día, cuando se quedó sola, conectó el ordenador para comunicarse con su superior. Éste le dijo que ya habían localizado a

Mark y que le estaban tendiendo una trampa para pillarlo pasando información. Ciara se ofreció como cebo, pero su jefe pensó que Mark ya debía sospechar de ella y que volaría en el instante en que la viera aparecer.

Tendría que seguir esperando, pensó más tarde, mientras daba un sorbo a su té helado. Miró a Carolina, que había dejado sus juguetes en el suelo y estaba paseándose, agarrada a los cojines, sofá arriba, sofá abajo. Sonrió ante los esfuerzos de la pequeña y se recostó para disfrutar de la tranquilidad del momento.

Entonces, escuchó el motor del coche de Bryce y se acercó a la niña para limpiarle la carita. Cuando Ciara recuperó su posición, la pequeña se volvió hacia ella. Estaba a varios centímetros de distancia, con la mano tendida hacia ella.

«Va a empezar a andar», pensó Ciara.

En aquel momento, se abrió la puerta principal.

—¡Ciara! —llamó Bryce.

—Estoy en el salón —dijo ella intentando no asustar a la niña.

Cuando él apareció por la puerta le dijo:

—Agarra la cámara de vídeo, creo que va a dar sus primeros pasos. Date prisa.

En un instante, Bryce apareció con la cámara.

—La tengo.

—Ven aquí —le dijo Ciara.

—¿Qué?

—Déjame que grabe yo —dijo ella, alargando una mano para agarrar la cámara—. Tú extiende los brazos para que Carolina vaya hacia ti.

Él le dio el aparato y se arrodilló frente a la niña.

—Hola, princesa. ¿Qué estás haciendo?

La niña lo recompensó con un claro «papá».

—¡Oh, Bryce, mira qué sonrisa!

Carolina se soltó del sofá, mirando a su padre, y con los brazos hacia arriba, para mantener el equilibrio, dio sus primeros pasos.

—Eso es, cariño, sigue un poco más.

La niña dio dos pasos más y cayó sobre sus brazos. Bryce la apretó contra sí, riéndose.

—¿La has visto? ¿Ya es toda una campeona?

Ciara dejó la cámara en la mesa y corrió hacia ellos.

—Muy bien, cariño —le dijo a la niña, besándola. Tenía los ojos llenos de lágrimas por la emoción.

Cuando se enderezó se encontró con la mirada de Bryce. Lo tenía tan cerca que podía oler su aroma.

—Lleva toda la tarde practicando. Tenía la esperanza de que esperara hasta que tú vinieras.

—Gracias por dejarla que viniera hacia mí.

—Bueno, eso es lo normal. Yo hago el trabajo duro y tú te llevas las flores —bromeó ella.

—Cuidas muy bien de la niña, Ciara. Gracias.

—De nada —respondió ella.

Cuando fue a separarse, Bryce le pasó una mano por la cintura y se lo impidió.

Ella posó las manos sobre su pecho.

—Bryce, no creo…

—No pienses en nada, Ciara. Por favor, no lo hagas.

Presionó la boca sobre la de ella y Ciara gimió por el cálido contacto, intentando resistirse, pero incapaz de hacerlo.

Deseaba a aquel hombre. Lo deseaba más de lo que quería o de lo que se podía permitir; por eso, no pudo evitar hundirse en el beso, recorriéndole los labios.

Era como volver a casa y recibir una calurosa bienvenida, dulce y tierna, y a la vez cargada de pasión.

«Oh, cuánto lo he echado de menos», pensó Ciara agarrada a sus hombros, deseando sentir su fuerza contra ella, deseando que sus cuerpos se confundieran.

El beso se intensificó.

Bryce se sentía como si estuviera bebiendo el elixir de la vida.

Al principio, lo había vuelto loco de deseo, pero ahora necesitaba mucho más. Necesitaba verla, escucharla andar por la casa… tenerla tan cerca que pudiera escuchar su aliento, sentir su calor. Los placeres carnales eran superados por una nueva necesidad de ella, de la mujer, de conocer sus secretos y compartirlos. No era algo que él hubiera planeado, pero tenía que admitir que lo había tenido hechizado durante cinco años y que no merecía la pena seguir resistiéndose.

La besó con más ímpetu, introduciendo la lengua entre sus labios; pero no era suficiente, necesitaba sentir su piel desnuda y…

Carolina gritó entre ellos, quejándose de que no le hicieran caso y, poco a poco, se separaron, robándose besos rápidos y seguidos antes de mirar a la niña.

—¡Pa —pa! Muuuuu— dijo la niña sonriente.

Bryce pestañeó.

—¿Me está llamando vaca?

Ciara soltó una carcajada.

—Mejor que te lo llame a ti que no a mí —murmuró con la boca entumecida por el beso.

Él sentó a la niña en el suelo y ésta intentó levantarse, pero no lo consiguió.

—Todavía tengo unos días hasta que empiece a correr —dijo Ciara, agachándose para jugar con ella.

Bryce no dijo nada.

Miró a la mujer a la que no sólo quería llevarse a la cama. No estaba seguro de adonde se dirigía aquella relación; pero no quería perdérsela. Lo único que había conseguido al mantenerse alejado de ella había sido no poder pegar ojo por las noches y pasarse el día entero trabajando para intentar quitársela de la cabeza. Últimamente, se había encontrado buscando motivos para dar un paso al frente en lugar de prestar oídos a las advertencias del pasado.

Todavía no estaba seguro de qué era lo que quería; pero había decidido que intentaría pasar más tiempo cerca de ella. Sin pelearse, sin presionar y, con un poco de suerte, ella le abriría las puertas.

Porque no sabía qué otra cosa podía hacer.

Porque ignorar un fantasma había sido muy fácil, pero ignorar a la mujer de carne y hueso era imposible.

—¿Bryce?

Él posó la mirada sobre ella.

—¿Sí?

—Vigila a Carolina. Voy a servir la cena.

Él le ofreció la mano y ella la aceptó.

—¿Vas a cenar con nosotros? ¿Verdad?

Ella dudó un instante y después asintió.

—Vale. Entonces, yo perseguiré a Carolina mientras tú pones la mesa.

Ciara se dirigió a la cocina, preguntándose qué estaba sucediendo entre ellos.

Capítulo 7

«No piensen en nada. Ciara. Por favor, no lo hagas».

Pero no podía evitarlo.

Aquel beso había sido una caricia normal entre amantes; pero ellos no eran amantes.

Ellos sólo eran adversarios.

Durante la cena, no le había quitado ojo de encima. La había mirado de una manera que ella no podía entender. Ya ella le gustaba entenderlo todo, saber qué ocurría a su alrededor, por eso era una agente tan buena.

Pero, en aquel momento, se sintió como si estuviera fallando, como si estuviera perdiendo su habilidad para juzgar una situación con rapidez. Lo mismo le había pasado con Mark.

¿Estaría teniendo una mala racha?

Simplemente, no tenía ni idea de qué se le estaba pasando a Bryce por la cabeza. Sabía que la deseaba y ella lo deseaba a él. Eran adultos y podía ser muy fácil. Igual que hacía cinco años, Pero, en aquel entonces, él no tenía una hija, ni tampoco era un viudo recluido en una mansión sureña porque añorara a su esposa.

Ciara no era ninguna estúpida. Hope, la hermana de él, le había dicho que Bryce y su esposa sólo habían estado juntos una noche. Ella se había quedado embarazada y él había hecho lo que consideraba más honesto: casarse con ella. Eso no la sorprendía en absoluto porque él era de este tipo de personas. Sin embargo, eso no significaba que no hubiera estado enamorado de ella.

«Amor», se burló Ciara. El amor en su trabajo era un

inconveniente; la hacía dudar. Y acostarse con Bryce tampoco era lo más inteligente porque le haría echar más raíces en su vida.

Porque él tenía una vida muy diferente de la de ella.

La suya era una vida solitaria… que ya duraba mucho tiempo.

El día de la piscina se mostró tan enfadada con él porque le removía las entrañas, porque ella nunca podría tener lo que tenían su hermana, Portia y Katey o él: un futuro, una familia y amigos. La única persona del pasado con la que se había puesto en contacto desde que tenía veintidós años era Katherine y eso había sido para conseguir aquel trabajo y poder ocultarse.

Bryce levantó la cabeza y la miró con aquellos ojos tan azules que se le clavaban como puñales.

Y lo peor de todo era que lo deseaba. Deseaba sumergirse en él y olvidarse de todo hasta que estuviera saciada. Hasta hacer acopio de satisfacción para los siguientes cinco años.

De repente, se puso de pie y comenzó a recoger la mesa. No podía soportar mirarlo sin que le surgieran mil dudas.

Bryce dejó de darle de comer a Carolina para mirar a Ciara.

Ella había estado callada desde que se sentaron a comer. Bueno, habían hablado un poco, pero había sido de los demás. De su familia, de su hermana, de Carolina. Pero podía sentir la tensión que había entre ellos. Sabía que no tenía que haberla besado; pero le pareció tan natural… No había querido pensar. Todavía no quería hacerlo.

Pero deseaba saber más cosas de ella.

—La cena estaba deliciosa.

—¿Te ha gustado?

Carolina empezó a alborotar y Bryce la sacó de la silla antes de que Ciara llegara por ella.

—No te preocupes —dijo él—. Yo me encargo de bañarla y acostarla.

Ella asintió y los siguió con la mirada mientras él salía de la habitación.

Por encima de su hombro, Carolina se estiró hacia Ciara; pero ella no se acercó, le dijo adiós con la mano y le tiró un beso, con el corazón henchido de amor por la pequeña.

Se preguntó cómo se las arreglaría cuando se tuviera que marchar de allí.

Sólo pensar que nunca los volvería a ver le provocaba un dolor agudo en el pecho. Pero el momento se iba acercando. A la agencia no le supondría demasiado trabajo tirar del hilo y atrapar a Mark.

Acabó de recoger la cocina y fue a comprobar la puerta y conectar la alarma. Mark Faraday no era ningún estúpido. Todavía estaba en libertad y, seguramente, estaría buscándola. Tenía que haberse dado cuenta de que ella no estaba por la agencia. No podía correr ningún riesgo. No con el bebé, no con Bryce.

Cuando volvió al mirador, su lugar favorito, le temblaban las manos. Se imaginó que Mark la encontraba y sintió un escalofrío al pensar en la pequeña. Se dejó caer en el sofá, mirando hacia el jardín. El patio de atrás estaba iluminado y las luces se reflejaban en el agua. La lancha estaba flotando suavemente en el agua al final del muelle y le apeteció pedirle a Bryce que la llevara a dar una vuelta.

Cualquier cosa con tal de atesorar momentos con él.

En aquel momento, Bryce entró en la habitación, sabiendo que la encontraría allí. Lo que no se esperaba era encontrársela tan triste.

—¿Quieres tomar un vino?

Ella se volvió hacia él como un animal asustado.

—¡Bryce! —exclamó sin aliento—. No te he oído llegar.

El entrecerró los ojos.

—Lo siento.

Le ofreció un vaso de vino tinto y ella lo aceptó. Le dio un buen trago y, después, dejando escapar un suspiro, se hundió un poco más en el sofá.

—Gracias, lo necesitaba.

—¿Estás nerviosa por algo?

—No, simplemente me has asustado. Pensé que tardarías más.

—Se ha quedado dormida enseguida —dijo, señalando hacia el techo, donde estaba la habitación de Carolina.

Ciara sonrió con ternura y él se sentó a su lado.

—Hope me ha dicho que dejaste el Servicio Secreto por tu mujer.

Sintió que se ponía rígido y sus ojos se oscurecían.

—Hope tiene una boca muy grande.

—Creo que estaba preocupada por mí.

Sus labios se curvaron en una media sonrisa.

—Sí, sabe que aquí hay algo cociéndose.

«Algo», pensó Ciara. Pero algo fuerte y poderoso. Algo de lo que debería alejarse; pero que deseaba con toda su alma.

—¿Es verdad?

Él dudó un instante. No quería tener aquella conversación con ella, no en aquel momento. Pero no se le ocurrió cómo eludirla.

—Sí.

Ella bajó la voz.

—Debiste amarla mucho.

—No la amé nada.

Ciara levantó las cejas sorprendida y se giró para mirarlo.

Bryce se hundió un poco más en los cojines y suspiró.

—Me casé con ella por Carolina.

—Lo sé.

—¿Te ha dicho la bocazas de mi hermana que Diana lo tenía todo planeado?

—No. ¿Por qué lo sabes?

Le contó lo que su hermana le había revelado no hacía mucho tiempo.

—Parece que era una mujer que se sentía muy sola y necesitaba una familia.

—Era huérfana, así que me imagino que tienes razón. Pero el matrimonio fue un error. Era una mujer muy posesiva y tenía miedo a estar sola, por eso dejé el trabajo —hizo una pausa, moviendo la cabeza—. Intenté amarla. Quería amarla. ¡Llevaba a mi hijo dentro! Pero no pude y, al final, ella acabó odiándome —se pasó la mano por la cara, escuchando los insultos de Diana—. Nunca la culpé por ello.

—¿Por qué?

—Porque arruiné su vida. La dejé embarazada y ella murió.

Él comenzó a levantarse del sofá, pero ella puso una mano sobre la de él.

De manera instantánea, sus ojos se posaron sobre las manos unidas, sobre sus dedos mezclándose con los de ella. ¿Qué pasaría si también arruinaba la vida de Ciara? ¿Si ella acababa odiándolo?

Cuando él echó la cabeza hacia atrás, Ciara vio las emociones dibujadas en sus facciones. Se dio cuenta de que aquello era lo que

lo atormentaba, lo que le hacía sentirse culpable.

—Bryce, escúchame —dijo ella apretándole la mano—. Diana murió por las complicaciones del embarazo, independientemente de quién fuera el padre. La amaras o no. Ahora ya no puedes hacer nada para cambiar el pasado y tienes lo mejor de él: Carolina.

Bryce le sostuvo la mirada y se hundió en ella. Una ola de bienestar lo inundó. No sabía si era por su compresión o por la simplicidad con que lo exponía.

—Y hay una cosa que puedo asegurarte —añadió ella.

—¿Qué?

—Yo he estado en tu cama y sé que ella quería acostarse contigo.

Los labios de él se curvaron lentamente, dibujando una sonrisa picara.

Inmediatamente, Ciara deseó no haber dicho nada. Había abierto una puerta que debía mantener cerrada.

—Olvida lo que he dicho —dijo ella apartando la mano.

—No puedo —respondió él, recorriéndola con la mirada.

—Inténtalo, por favor.

Antes de que él pudiera detenerla, ella se levantó y se dirigió al otro extremo de la habitación. Bryce sintió que volvía a cerrar todas las puertas. Pero esta vez no iba a permitirlo.

—Y que pasa si no quiero.

—No tienes elección.

Él le dedicó una de sus sonrisas *sexys* que conseguían ablandarle las rodillas.

—¿Es que no puedes olvidarte de una aventura que sucedió hace cinco años?

—¿Por eso crees que quiero estar contigo? ¿Por lo que sucedió en Hong Kong?

Él la estaba mirando con tanta sorpresa que ella se vio obligada a preguntar.

—¿Por qué si no?

—Ciara, estás muy equivocada. Tengo que admitir que no he olvidado esa noche. No puedo olvidarla, pero tampoco quiero.

Ella no iba a admitir que revivía aquel momento una y otra vez, cuando estaba sola.

—Entonces, lo reconoces.

—Sí, pero ahora es diferente. Ahora conozco a la mujer.

No debía preguntarle. No iba a hacerlo; pero lo hizo…

—¿Por qué es diferente?

—Digamos que todo ha cambiado. Pero no pienses que voy a llenarte la cabeza de halagos.

—¿Por qué no?

Él sonrió y a ella se le encogió el estómago.

—¿Quieres saber que cuando te veo con Carolina puedo sentir que la quieres?

La expresión de ella se suavizó.

—Claro que la quiero.

—¿O que cuando me miras, a veces, me cortas la respiración?

«Lo mismo te digo», pensó ella.

—He intentado apartarte de mi mente, pero ya no quiero hacerlo.

Se levantó lentamente y comenzó a andar hacia ella.

Ciara dio un paso hacia atrás.

—¿Por qué me tienes miedo?

—Porque si esto fuera un asunto meramente sexual, podría manejarlo —su voz tembló y tuvo que tragar con fuerza.

—Pero no lo es, ¿verdad? —preguntó él, conteniendo el aliento.

Ella negó con la cabeza y él se acercó un poco más, lentamente, acechador.

«Por favor, no me toques», suplicó ella en silencio.

—Dijiste que no querías nada.

—Querer y necesitar son dos cosas diferentes —dijo él con la voz cargada de deseo—. Yo te necesito, Ciara.

El corazón empezó a latirle con frenesí mientras se hundía en sus ojos azules, pensando que ella no era lo que él necesitaba. Ella no era una mujer para siempre, una mujer para criar niños, para cenas de amigos y fines de semana en familia.

Ella sólo estaba de paso.

Y era una mujer solitaria.

Aunque ya estaba cansada de serlo y sabía lo que aquel momento significaba. Pero si él se enterara de que en realidad era Ciara Caldwell y no Ciara Stuart y que era una agente de la CÍA, la odiaría. Lo sabía.

—¿Ciara? —Le levantó la barbilla con un dedo y la hizo mirarlo

a los ojos.

Ella tenía los ojos llenos de lágrimas y, al verlo, Bryce sintió un nudo en el pecho. Parecía tan frágil, tan diferente de la mujer independiente que había embrujado sus pensamientos… En aquel preciso instante comprendió que Ciara también había estado luchando contra su deseo, contra sus sentimientos.

Entonces, la besó. Con fuerza. Un beso cargado de sed que sólo ella podía saciar. Ella respondió con el mismo frenesí, sin trabas, apretándose a él con fuerza. Ella daba tanto como obtenía y Bryce experimentó la revelación de su vida: nadie podría nunca igualarla.

La última vez, sólo habían tenido sexo. Esta vez, le haría el amor.

Y le mostraría la gran diferencia que existía entre una cosa y la otra.

Capítulo 8

Ciara se dio permiso para querer, para tomar, para aceptar algo que se había estado negando durante ya demasiado tiempo. Las caricias de aquel hombre. Sus besos. La manera en que la hacía sentir tan feliz y tan deseada.

Y ya estaban devorándose.

Con urgencia.

Y no había vuelta atrás.

Ella le desabrochó la camisa con ferocidad y se la sacó de los pantalones. Mientras, él la besaba, saboreando toda su boca, acariciándole todo el cuerpo.

Ella tiró la camisa al suelo y extendió las manos sobre su torso desnudo. Bryce pestañeó al sentir el calor de su contacto y una oleada de fantasías y recuerdos inundó su mente.

Ciara lo obligó a caminar hacia atrás, más y más allá, hacia el dormitorio en el que nunca había estado, no había querido saber dónde dormía creyendo que así sería más fácil mantener las distancias.

Cuando llegaron a la planta de arriba, le preguntó, señalando con la barbilla:

—¿La cama está por ahí?

—Sí. Si conseguimos llegar tan lejos.

Mientras avanzaban, él le abrió la blusa y la rodeó con los brazos para desabrocharle el sujetador. En el instante en que le tocó la piel, se encontró perdido. La arrinconó contra el quicio de la puerta y rellenó sus manos con sus senos.

Ella gimió de placer y rodeó las manos de él con las suyas.

—¿Hemos llegado ya? —preguntó, sin aliento.

Bryce se rió y se inclinó para tomar un pezón entre los labios.

Ciara dejó escapar un gemido profundo y él supo que lo estaba observando. Eso hizo que su entrepierna se tensara y cuando la lamió y la chupó, ella le recompensó con unos sonidos increíbles. Mientras su boca seguía ocupada con sus pechos, las manos no paraban. Le desabrochó los vaqueros y se los quitó, haciendo una pausa para indagar entre los muslos. Estaba húmeda y caliente y esa sensación le dio escalofríos de placer. Empezó a acariciarla con insistencia y ella se desprendió de los pantalones para tener más libertad de movimiento.

Entonces, él se hincó de rodillas. Le apretó los glúteos con los dedos y escondió la cara en su estómago, haciéndola estremecerse de deseo. Después, lentamente, arrastró la lengua por su piel suave y tersa. Levantó la cabeza para verla y descubrió que ella estaba observándolo, con las manos hundidas en su pelo. Hambrienta, ansiosa, expectante.

El la abrió aún más y la saboreó por dentro.

Ella gimió y el sonido que salió de su garganta lo excitó hasta límites insospechados.

Entonces, él se echó la pierna sobre el hombro para profundizar aún más en su caricia y sintió como ella se retorcía de gozo. Mientras le acariciaba el botón del placer, le introdujo dos dedos y ella sé abrió para él al instante, con el cuerpo tenso, jadeante, balanceándose, a punto de explotar.

Él se sació de su placer.

Ciara apenas podía respirar, se estiró y se encogió, con todos los músculos tensos y después comenzó a caer, bañada en sudor, exultante.

En un instante, estaba sobre él, besándolo con frenesí.

—Date prisa —susurró contra sus labios.

—Necesitamos protección —dijo él intentando acercarse a la cama, sin dejar de besarla.

—No la necesitamos.

Él dudó un instante.

—Confía en mí —añadió ella.

Bryce se quitó los pantalones y ella lo miró fijamente. Su cuerpo

seguía siendo tan duro como una piedra, musculoso y atlético.

Ciara se incorporó y frotó su pechos contra su tórax.

A él cada vez le costaba más respirar.

—Estoy a punto de tumbarte en el suelo y tomarte aquí mismo.

Ella sonrió y le acarició el pecho. Después, descendió, haciendo que sus músculos se tensaran bajo su caricia.

—¿No tienes paciencia?

—Ninguna.

Ella se inclinó y le lamió un pezón. Él apretó los dientes y contuvo la respiración mientras ella repetía la operación una y otra vez.

La agarró por la cintura, deseándola cada vez más, pensando que era imposible excitarse más de lo que ya estaba. Entonces, ella envolvió su erección con la mano y él pensó que iba a explotar.

Murmuró un juramento y la apretó contra él. Besándola con pasión, agarrándola por los glúteos y empujando con la rodilla entre sus caderas.

Ella se dejó caer sobre la pierna y él sintió su cálida humedad. Se frotó contra él mientas con la boca lo devoraba.

El pensaba que, si seguía agarrándolo así, no iba a poder contenerse más tiempo. Y deseaba entrar dentro de ella, sentir su suavidad cálida y aterciopelada presionándolo. Sólo pensarlo ya le resultaba insoportable. Apretó los dientes y se tensó, durante un segundo, esperando a que su deseo se frenara.

Con una mano le sujetó un pecho y se llevó el pezón a la boca mordisqueándolo, succionándolo. Esa vez fue ella la que tuvo que contener el aliento. Entonces, la levantó por los glúteos y la llevó hasta la cama.

Después, le separó las piernas y se colocó entre ellas.

—¿Estás lista, Ciara? —Gruñó él dispuesto.

Ciara pensó que ante ella tenía algo más que un cuerpo, algo más que una relación física. También sabía que, aunque ella estaba de paso, sus sentimientos no eran pasajeros. Deseaba más de lo que tenía derecho a pedir. Pero, en ese momento, no estaba dispuesta a renunciar a nada.

—Lista —le susurró entre los labios, cerrando la mano sobre su erección y dirigiendo su punta hacia su cálido centro.

Él lanzó un juramento, cerró los ojos con fuerza y dejó que ella

jugara con él, aunque la impaciencia de su pasión hacía que le dolieran los músculos.

Ella lo miró fijamente y lo condujo hacia su interior. Él empujó lentamente hasta llenarla por completo.

—Ciara —rugió él.

Nunca se había sentido tan excitado y tan vulnerable.

Se quedó quieto sobre ella, después, lentamente, empezó a demostrarle su poder.

—Oh, Bryce —gimió ella con la voz rota.

—Lo sé, lo sé —respondió él, lamiéndole los labios con la lengua, luchando por no derramar todo lo que llevaba dentro.

Ella era la única mujer, pensó. Y se iba a asegurar de que, por la mañana, ella lo tuviera bien claro.

Escondió la cara en su cuello.

—Cariño —gimió—. Te necesito.

—Yo también —reconoció ella. Aunque aún no quería examinar los sentimientos que la embargaban.

Bryce trazó con la boca un camino imaginario por su garganta, por su pecho y comenzó a moverle las caderas. Muy despacio.

Ciara sintió cada centímetro de su cuerpo cuando la abandonaba y, después, volvía a sentirlo cuando volvía a llenarla.

Sus ojos azules brillaban ardientes con cada movimiento y ella deseó poder capturar la magia del momento.

—Estoy sintiendo tus latidos —le susurró en medio de una fricción casi insoportable.

El empujaba y se retiraba con ímpetu, con una cadencia que la volvía loca, sintiendo con cada impulso que había encontrado a su pareja perfecta, a la mitad que había perdido hacía muchos años.

Ella se había rendido a él y nada más importaba.

Y mientras sus cuerpos se unían en un placer carnal, sus corazones hablaban.

Deseo. Necesidad. Amor.

Sus cuerpos empapados en sudor se encontraban y las llamas de la pasión se extendían abrasándolos.

Él empujaba, una y otra vez, larga y profundamente, enviando su cuerpo, en una carrera imparable, hacia la consecución del placer.

Entonces, llegaron.

—Ciara —gimió él, cuando el clímax exquisito inundó su cuerpo, explosionando en cada fibra sensible y recorriéndole la columna vertebral.

Echó la cabeza hacia atrás y se introdujo hasta el fondo para tocarle el alma.

Ella se agarró a sus brazos, mientras él la sumergía en una lujuriosa rapsodia de sensaciones. Se dobló como un lazo de raso y hundió la cara en su pecho.

Ciara sintió que todas su emociones pendían de un hilo. Los recuerdos de Hong Kong se habían desvanecido y en su lugar aparecía la ternura de una vida entera. Sintió un nudo en la garganta al pensar que estaba viviendo un tiempo prestado. Que aquello podía terminar y lo más probable era que la destrozara. Y también a él. Pero no podía pararlo, igual que no podía para una ola. Se le había colado en la sangre.

Él se incorporó y se encontró con sus ojos.

—¿Estás bien? —dijo con la voz ronca.

—De maravilla —respondió ella, recorriendo sus facciones con la punta del dedo.

Él le besó los dedos, las palmas, sabiendo que nada podría describir lo que estaba sintiendo, lo que acababa de suceder entre ellos. Ninguna palabra podría hacerle justicia.

Lentamente, se giró sobre su espalda, sin soltarla a ella. Quería permanecer así, eternamente. Con ella pegada a él como una segunda piel.

Ciara permaneció tumbada sobre su pecho mientras esperaba a que su mundo volviera a hacer aparición. Él le estaba acariciando la espalda y juntos dejaron escapar un suspiro de paz y satisfacción que, en lo más profundo, los asustó a los dos.

* * *

Un rato más tarde, Ciara se estiró. Los dedos de Bryce estaban ocultos en su pelo, jugando con sus rizos. Estaba tan a gusto que no quería moverse.

—¿Te peso mucho?

Él rió.

—Nada.

Ella levantó la cabeza y se encontró con sus ojos. Las entrañas se le encogieron al ver su mirada, llena de satisfacción masculina. Se incorporó un poco y lo besó.

Él le devolvió la caricia que no era otra cosa que un juego erótico de labios y lenguas que despertaban su cuerpo y acariciaban su corazón.

Cuando él volvió a reposar la cabeza en los almohadones, ella dejó la cabeza de nuevo sobre su torso desnudo y sudoroso.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó ella.

—¿Estás buscando piropos?

Ella se rió, pero él no sonrió.

—Ya no hay vuelta atrás —dijo él.

—¿Quién ha dicho que yo la quiera?

Él la agarró bajo los brazos y la arrastró hacia arriba.

—Me alegro, porque sólo estamos empezando.

—¿Empezando qué, Bryce? ¿Me vas a hacer el amor de nuevo?

—¡Vaya! ¿Así que has notado la diferencia?

Los ojos de ella brillaron.

—Claro.

Él se recostó sobre un lado para verle bien la cara.

—Quiero más que esto, Ciara.

—¡Chis! —dijo ella con un dedo sobre sus labios—. Vayamos paso a paso.

Bryce dejó escapar un suspiro. No esperaba ningún compromiso por su parte y, además, tenía razón. Una noche, una sola ocasión en la cama, no lo cambiaba todo.

—De acuerdo; pero hoy todavía no hemos acabado.

Ella sonrió y se preguntó adonde se había ido su fuerza de voluntad. Aquella que la ayudó a alejarse de él en Hong Kong. La garganta le quemaba porque sabía que, tarde o temprano, tendría que marcharse para volver a su vida real. Tendría que destrozar aquella maravillosa paz, una paz que nunca antes había conocido.

Estaba viviendo un tiempo prestado.

Y daría casi cualquier cosa para quedárselo.

Él se arrastró por debajo de ella y con la boca le capturó un pecho, excitando con la lengua el pezón antes de succionarlo con fuerza.

—Sabes muy bien —dijo él volviéndose hacia el compañero.

Con la mano le recorrió la columna hasta llegar a las caderas que apretó con fuerza contra las suyas haciendo que su erección aumentara.

Entonces ella se deslizó hacia abajo.

—¡Oh, no! —gimió él—. ¿Adonde vas, Ciara? —preguntó, aunque conocía muy bien la respuesta.

—Trabajos secretos, querido agente —dijo ella y desapareció bajo la sabana.

Bryce gruñó al sentir el primer contacto húmedo y aterciopelado de su lengua.

Cerró los ojos con fuerza mientras ella le besaba y sintió que iba a explotar. Cuando no podía soportarlo más, la levantó por lo brazos.

—¡Bryce! —se quejó ella.

—¿Cuánto tiempo creías que iba a resistirlo, pequeña bruja?

—Mucho más —respondió ella pasándose la lengua por los labios.

El gimió y le deslizó la mano entre las piernas.

Ella gruñó y contuvo el aliento cuando él fue directo al grano. La acarició y la acarició y, después, se inclinó sobre ella susurrándole que era preciosa y que adoraba aquella parte oculta que escondía a todos menos a él.

Las emociones de ella crecieron.

—Bryce, por favor…

—Llévame contigo —le dijo él introduciéndose dentro ella.

El baile fue salvaje y fiero y la sensación del orgasmo se esparció sobre ellos para unirlos aún más. Él la agarró con fuerza, mientras las olas de pasión primaria lo invadían.

Ella luchó por respirar mientras las sensaciones fluían.

—Ciara —dijo él, arrastrando las palabras.

—No me sueltes —suplicó ella, tragándose sus lágrimas, sin preguntarse ya cómo era posible que la afectara tanto.

—No te soltaré, cariño —dijo él, arropándola con todo su cuerpo.

Capítulo 9

Bryce sintió pánico cuando salió del cuarto de baño y descubrió que Ciara no estaba en la habitación. De ella sólo quedaba la ropa, esparcida junto a la suya por el suelo. Se ató el albornoz y salió a buscarla.

La cuna de su hija estaba vacía, por lo que decidió bajar a la cocina. Cuando llegó al vestíbulo, percibió su voz y un agradable aroma a café.

Ciara estaba preparando el desayuno.

Llevaba zapatillas de deporte, unas mallas cortas de montar en bici y un top corto y ajustado. Para su propio deleite, el atuendo no dejaba ni una curva a la imaginación.

—En cuanto tu papi baje, nos marcharemos —le dijo a Carolina.

—¿Adonde?

Ciara se giró con la espátula en la mano como si fuera a utilizarla como arma.

—¡Dios mío, Bryce! No te acerques a mí con tanto sigilo.

—Yo no me he acercado con sigilo. ¿A que no, princesa? —le dijo a la pequeña.

La niña balbuceó algo con la boca llena de comida.

Ciara apartó la sartén del fuego.

—¡Vamos! Tú eres su padre, siempre te dará la razón a ti —dijo ella a la defensiva.

Riéndose, él se acercó a la niña para darle un beso y, después, miró a Ciara.

—¿No pensarás salir así?

Ciara se miró la ropa.

—¿Qué tiene de malo?

—Se te nota todo.

—Puritano.

Él le dedicó una sonrisa de las que cortan la respiración.

—Eso no es lo que me decías anoche.

—Anoche fue anoche.

Él se tensó, esperando ver que las puertas se volvían a cerrar. Temiendo que volviera a ser la Ciara fría de antes.

Pero eso no sucedió.

Ciara caminó hacia él, le abrió el albornoz y lo rodeó con los brazos.

Bryce sintió que algo cedía en su interior. Cerró los brazos en torno a ella y la besó.

Después, la volvió a besar.

—Buenos días, cariño —dijo contra sus labios.

—Mmm —fue todo lo que ella consiguió decir al sentir su erección contra su cuerpo.

Sus entrañas le empezaron a arder.

—¡Dios, Ciara! ¡Cuánto te deseo!

—Ya me he dado cuenta —dijo ella frotando las caderas contra él, disfrutando de su cara de sufrimiento—. Pero me voy a correr un rato y me llevo a Carolina en la silla.

—¿Es que no has hecho ya suficiente ejercicio?

—Estoy lista para otra tanda, sin ti.

Él sonrió y, cuando ella deslizó las manos hacia sus glúteos, Bryce pensó que la encimera de la cocina no era un mal lugar para hacer el amor.

Entonces, Carolina chilló mientras lanzaba trozos de comida al suelo.

—Creo que está lista para salir —dijo Ciara, mientras le decía a la niña que no con la cabeza.

Cuando volvió a mirar a Bryce, éste tenía una sonrisa extraña en la cara. Ella se deshizo del abrazo, agarró un trozo de papel de cocina y se puso a limpiar el suelo.

Bryce se abrochó el albornoz y la detuvo.

—Déjalo. Ya lo recojo yo.

Ella levantó las cejas.

—Solía hacerlo antes de que llegaras, ¿sabes?

—Sí —dijo ella—, ya lo sé —«y pronto tendrás que volver a hacerlo», pensó para sí y miró hacia otro lado para que él no pudiera adivinar sus pensamientos.

—¿Te apetece ir a dar un paseo en barco cuando vuelvas?

—¿Y tu trabajo?

—Yo soy el presidente. Puedo tomarme un día libre si quiero.

Ella sonrió ante la perspectiva de pasar un rato agradable con él bajo el sol.

—Correré deprisa —dijo ella mientras sacaba a Carolina de la silla—. Y no te olvides de las cañas de pescar —añadió antes de salir con la niña en brazos.

¿A pescar? ¿Con Ciara? Bryce se dejó caer en la silla y agarró una tostada, pensando en aquel último mes. Su vida había pasado de ser solitaria y estar ensombrecida por el sentimiento de la culpa a ser perfecta.

Ya sólo faltaba que Ciara confiara en él lo suficiente para hablarle de ella.

* * *

Ciara abrió un ojo y espió a Carolina, que estaba jugando en su parque en la cubierta del yate. Bryce estaba al timón y ella, tumbada al sol, disfrutaba de la paz del momento.

El barco se mecía con suavidad en las tranquilas aguas y le daban la sensación de estar flotando en un sueño.

«Disfruta de esto», le gritaba su mente.

Tomó aliento y escuchó a Bryce hablar con la niña. Una gaviota chilló sobre su cabeza y una ligera brisa le refrescó la piel.

«Esto es el paraíso», pensó para sí.

—Estás para comerte —le susurró él al oído.

Ella sonrió, negándose a abrir los ojos.

—Si tienes hambre, en la nevera hay comida.

Él se rió.

—¿Qué tal está Carolina? —le preguntó ella—. ¿Crees que hace demasiado calor para ella?

—Va a vivir aquí toda la vida. Será mejor que se acostumbre al

calor y a la humedad.

Ciara abrió los ojos y se puso de lado para mirar a Bryce. El estaba a escasos centímetros de ella.

—Por el amor de Dios, Bryce. Es sólo un bebé. Hasta un lagarto podría asarse con este calor.

Él se rió.

—Se lo está pasando fenomenal con todos los juguetes que tiene y con el cubo de agua.

Ciara cambió de postura para mirar a la niña. La saludó con la mano y le tiró un beso.

La pequeña se lo devolvió.

Bryce las miró a las dos, cada día estaba más claro el vínculo que las unía.

—Te quiere mucho —le dijo a Ciara.

—Yo también la quiero a ella —admitió Ciara con ternura, después, volvió a mirarlo a él—. Me maravilla cada vez que hace un nuevo descubrimiento. Cada día hace una cosa nueva.

—No quiero que crezca tan deprisa.

—Ya, dentro de nada estarás espantando a los chicos.

—Chicos —gruñó él—. Gracias a Dios todavía queda mucho para eso.

—Sólo unos dieciséis años.

—No podrá salir con chicos hasta que tenga veinte. Tal vez treinta.

Ciara dejó escapar una carcajada.

—Va a ser preciosa. Vas a tener mucho trabajo espantándolos.

—¿Cuándo saliste por primera vez con un chico?

¡Dios santo!, pensó Bryce. No sabía nada de ella.

Las facciones de ella se suavizaron.

—Dieciséis, creo. Mi padre decía que tenía una escopeta escondida.

Bryce sonrió poniéndose en el lugar del hombre.

—¿Dónde está ahora?

Ella dudó antes de responder y él captó el dolor de su mirada.

—Está muerto. Mi madre y él murieron hace varios años en un accidente de avión.

—Vaya, Ciara. Cuánto lo siento.

—Lo peor de todo es que eran sus primeras vacaciones juntos en

varios años.

Ciara se dio la vuelta y cerró los ojos, ya le había contado demasiadas cosas sobre ella.

Pensó en sus padres y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Cariño, ¿estás bien?

Bryce le acarició la mejilla y vio el dolor reflejado en su rostro.

—Lo siento, pequeña —añadió él, mientras la tomaba en sus brazos—. No pretendía traerte recuerdos dolorosos.

—No importa —susurró ella, apretándose contra él, encantada de poder tener a alguien con quien compartir su pena, alguien que la comprendiera.

Tragó con dificultad, intentando mantener a raya el dolor que siempre había logrado contener. El dolor por la muerte de sus padres y por la familia a la que había abandonado. Había sido por su propia seguridad, se dijo una vez más; sin embargo, su corazón no la estaba escuchando y la presa se rompió.

Una década de lágrimas rompió la quietud del momento.

Bryce gruñó y la apretó con fuerza. Nunca se imaginó que pudiera verla llorar así. Ella era tan fuerte… casi invencible. Pasó un buen rato hasta que su llanto cesó.

Cuando ella se calmó, él la besó en los labios.

El beso fue lento y tierno y el dolor de su corazón se suavizó.

—Gracias —murmuró ella después de un buen rato.

—No me gusta verte sufrir.

Ella suspiró.

—Ya estoy bien —dijo mientras se secaba las lágrimas con la punta de la toalla.

Bryce le levantó la cara y vio que el dolor comenzaba a remitir. También pudo observar que volvía a relegar sus emociones a un compartimento estanco al que él no tenía acceso.

—Desahógate conmigo, cariño —la animó él.

—No tengo nada que decir —respondió ella.

Él se cargó de paciencia.

—Puedes confiar en mí, Ciara. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asintió y lo besó, sabiendo que no podía. No, con el secreto que tenía. Y, en aquel preciso instante, lo necesitaba más a él que hablar de su vida.

Sin dejar de besarlo, se pegó más a él y sus cuerpos se fundieron.

De repente, sonó una bocina.

Se volvieron para ver de dónde provenía el ruido y se encontraron con un barco lleno de gente que les silbaban y saludaban.

Ciara escondió la cara en el pecho de él.

—¡Qué vergüenza! Me siento como una colegiala.

Carolina rompió a llorar.

—Vaya, el ruido la ha asustado.

Se levantó para ir a buscar a la niña y la tomó en brazos. Después, se acercó a la nevera y sacó un trozo de pan que la niña devoró con muy pocos modales.

Encantado por la escena, Bryce se cruzó de brazos y observó a la mujer que había puesto su vida patas arriba. Era una mujer fuerte. No se parecía en nada a Diana ni a ninguna otra mujer que hubiera conocido antes. La noche anterior, en la cama, había sentido lo que le había hecho, de eso no le cabía la menor duda. Era algo más que un cambio. Algo más que una necesidad. Había sido una comunión de almas.

Todo era un poco sorprendente y él se preguntaba si estaba listo para aquello. Si era lo suficientemente fuerte para ella, para ser su compañero.

—¿Quieres un refresco?

—Sí, una cerveza.

—De eso nada. Estás conduciendo esta cosa —dijo ella ofreciéndole el refresco.

—Tú podrías hacerlo.

—Lo sé, pero me excita verte a ti pilotando, como un lobo de mar.

Él sonrió.

—Vámonos abajo, entonces.

Ella le dedicó una sonrisa seductora.

—Primero vamos a comer y, después, nos llevas de vuelta a casa.

«A casa», pensó él. Ella había convertido su casa en un hogar. Antes, sólo era el lugar donde Carolina y él vivían, ahora, era mucho más que eso. Un lugar mucho mejor.

Se sentó al lado de ella y compartió los sándwiches y las patatas. La niña estaba sentada entre ellos, armando un gran alboroto, pero

a ninguno de los dos le importaba. Hablaron durante horas de Carolina, de sus negocios, de aquel lugar…

—¿Cómo se llama el barco? —le preguntó después del último bocado.

Él dudó y Ciara se preguntó si se estaba sonrojando o había tomado demasiado el sol.

—Los barcos de la empresa se llaman Lady Carolina y…

—Me refiero a éste, Bryce.

Él lo sabía.

Estaba sonriendo para sí mismo.

Con el ceño fruncido, ella se puso de pie y se dirigió hacia la popa para verlo.

Después, se irguió con una mirada atónita.

—¡Noche de Hong Kong! ¿Le pusiste a tu barco el nombre de una noche de sexo?

—Había sido el mejor que había tenido en mi vida.

—Seguro que a Diana le encantó.

De manera instantánea, deseó no haber pronunciado aquellas palabras. Sin embargo, la expresión de él no cambió, lo que le hizo pensar que había dejado atrás su pasado.

—Nunca lo supo. Nadie. Fue mi secreto.

Ciara sintió una explosión de calor en su interior.

—¿Y tú?

—No. Aunque tengo una amiga a la que le gusta pronunciar la palabra «Hong Kong» para ver la cara que pongo.

—¿Y qué cara pones?

—De pura satisfacción.

Se puso delante de él y se inclinó para darle un beso.

Su beso estaba cargado de pasión. Se notaba en la manera en que delineaba el contorno de su boca, en la manera en la que introducía la lengua entre sus labios, reproduciendo el baile que habían bailado juntos la noche anterior.

Bryce sintió que se le tensaba el estómago. Deseaba tocarla, acariciar todo su cuerpo; pero había demasiados barcos alrededor.

—¿Es ya la hora de irnos a casa? —preguntó él cuando ella se separó.

La respiración de ella estaba tan entrecortada como la de él.

—Leva anclas, capitán. Y toma un atajo.

* * *

Aquella noche, en la terraza, bajo las estrella, Ciara estaba en los brazos de Bryce, desnuda y exhausta después de haber hecho el amor. En aquel momento, una estrella fugaz cruzó el firmamento.

—Piensa un deseo —dijo ella señalando hacia el cielo.

—No necesito deseos, estoy muy contento así. ¿Qué has deseado tú?

—Eso no se dice.

—¿Más secretos?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que me estás ocultando cosas, Ciara. No me importa de qué se trata, pero sí que no tengas la suficiente confianza en mí para contármelas.

—No hay nada que contar.

Nada que importara, nada que fuera a evitar romper su corazón y el de él.

Él la besó en la frente, sin responderle. Después, la acomodó entre sus brazos, como si no hubieran dicho nada.

Ciara sentía un nudo terrible en la garganta. Se apretó a él con fuerza, repitiendo mentalmente su deseo, aunque sabía que nunca se cumpliría. Nada podía detener el tiempo.

* * *

Ciara se sintió extraña. No era la primera vez que iba de compras, pero sí era la primera vez que iba acompañada de un hombre tan atractivo y con una niña en su silla de paseo. Y hacía un mes, habría jurado que nunca experimentaría un día como aquél.

Bryce agarró un paquete de cereales y lo echó al carro de la compra.

Ciara miró a su alrededor y vio a mujeres comprando, madres con hijos. Nunca antes les había prestado atención; pero ahora le daban mucha envidia. ¿Qué pasaba con su carrera? ¿Qué debía hacer si ya no era feliz?

Pero ¿cuándo había dejado de serlo?

Levantó los ojos hacia Bryce.

«Cuando me enamoré de él», pensó.

Ya no podía seguir negándolo. Lo amaba. No sabía desde cuándo, pero eso no importaba. Y sólo pensar que iba a quedarse sin él, la carcomía por dentro. Era como estar esperando a que su corazón se rompiera.

Hacía mucho tiempo que no llamaba a su jefe porque no quería saber. No quería volver al trabajo.

Volvió a mirar a Bryce, con él sabía lo que era la verdadera felicidad.

Al salir de la tienda, Ciara oyó un disparo y, de manera instintiva, se echó sobre el bebé y llevó la silla entre dos coches.

Al hacerlo chocó con Bryce que estaba haciendo lo mismo que ella.

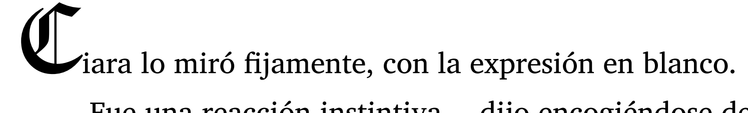
Cuando miraron alrededor y se dieron cuenta de que había sido el tubo de escape de un coche, Ciara dejó escapar un suspiro y miró a la niña que seguía tan tranquila comiendo una galleta.

Bryce estaba mirándola con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella.

—Ciara, esa reacción fue claramente defensiva. A mí me entrenaron en el Servicio Secreto —se cruzó de brazos—. Dime dónde lo aprendiste tú.

Capítulo 10



Ciara lo miró fijamente, con la expresión en blanco.

—Fue una reacción instintiva —dijo encogiéndose de hombros.

—La mayoría de la gente miraría para ver de qué se trata, no intentaría cubrir con su cuerpo el de otra persona para protegerlo de una bala.

—Yo no soy como la mayoría de la gente. Trabajé en la embajada, ¿te acuerdas? Además, ¿por qué hablas de una bala? ¿No fue un tubo de escape?

Abrió el maletero del coche y empezó a colocar las bolsas de la compra. No podía decírselo; todavía no.

Él no se movió.

—Pero ninguno de los dos lo sabíamos.

—Es cierto. Pero nuestro instinto fue proteger a la niña. Aunque ésta es una ciudad pequeña no es inmune a los atracos.

Las facciones de él se suavizaron un poco.

Ella dejó lo que estaba haciendo y lo miró fijamente.

—¿Qué querías que hiciera? Bryce, estás haciendo una montaña de un grano de arena —añadió, acariciando la cabeza de la niña.

Bryce gruñó, sospechando todavía; pero no dijo nada más. Depositó la última bolsa en el maletero y se marcharon de allí.

Durante el camino a casa, Ciara fue jugando con la niña, ignorándolo.

Bryce lo notó y se preguntó por qué el incidente había cambiado algo entre ellos. A ella no le gustaba que le hiciera preguntas, eso lo sabía desde el principio. Pero él necesitaba algunas respuestas y

pensó que quizá lo mejor sería hacer averiguaciones por sí mismo en lugar de seguir presionándola.

Durante el resto del día, Ciara continuó como si nada hubiera pasado. Como si no hubiera sentido verdadero pánico durante un instante en el aparcamiento del supermercado. Como si Bryce no la estuviera mirando de manera extraña.

Dio de comer a la niña y salió al jardín a jugar con ella y, aunque Bryce las acompañó, la conversación fue un poco forzada. Podía sentir sus ojos sobre ella, pero no de una manera muy seductora. Estaba intentando saber algo más y eso la asustaba.

A ella le gustaría poder contárselo todo, pero no confiaba en su reacción. Lo amaba demasiado para estropearlo todo tan pronto. Además, al decírselo, podía poner en peligro su vida.

Hasta que no capturaran a Mark Faraday, tenía que mantenerse oculta para que nada pudiera llegar ni a Carolina, ni a él, ni a ella. Sabía que debía ponerse en contacto con su jefe, pero cada vez que se comunicaba con él, corría un riesgo y no quería depositar toda su confianza en sus superiores. Estaba fuera de juego, fuera del equipo y, al no tener ninguna información, era muy vulnerable. Pero si volviera, ella misma se convertiría en un objetivo.

Dejó escapar un suspiro y miró a Bryce, que estaba con los ojos clavados en el suelo. Se preguntó qué le estaría pasando por la cabeza. Decidió correr el riesgo de preguntarle.

—¿En qué estás pensando?

—En nada.

Ella miró hacia el cielo.

—Venga. Suéltalo.

—¿Vas a responderme?

—Claro.

Él echó la cabeza hacia atrás y clavó los ojos en ella.

—¿Dónde naciste?

Bueno ahí no había demasiado peligro.

—En Georgia.

—No tienes acento.

—Lo perdí cuando la gente empezó a hacer chistes sobre mí.

—¿Tienes hermanos?

Ciara miró a aquellos preciosos ojos azules y supo que no la estaba poniendo a prueba. Sólo quería saber más cosas de su vida,

conectar con ella.

Intentó verse a sí misma desde el punto de vista de él y la imagen no le resultó muy agradable.

Dudó un momento, considerando el peligro y lo que él podía hacer con aquella información. Debido a su trabajo, su familia tenía un apellido diferente, ellos eran Caldwell y ella Stuart. Pero, probablemente, él no fuera a correr hacia el ordenador para iniciar una búsqueda. Entonces una duda le cruzó la cabeza. ¿Lo amaba lo suficiente como para revelarle información sobre su pasado? ¿O lo quería hacer por ella misma?

¿Quería confiarle su corazón? ¿Su vida? Ciara sabía que nunca lo averiguaría si no se arriesgaba. El precio era enorme, pero su amor por él era mucho mayor.

—Tengo dos hermanos, Michael y Richard, y una hermana más pequeña, Cassie. Acaba de terminar su carrera y está viajando por Europa —al menos, eso creía ella—. Mick y Rick tienen una constructora. Los dos están casados y tienen hijos.

—¿Entonces, me mentiste?

—¿Qué?

—Me dijiste que tu pasado no era importante y que era demasiado doloroso para hablar de él. Pensé que habrían abusado de ti, o algo así, por la manera en que deseabas ocultarlo.

—El pasado es el pasado. ¿Qué importa ahora a qué colegio fui o con cuántos chicos salí?

Él se acercó a ella.

—Es parte de ti, Ciara, y me he dado cuenta de que apenas te conozco.

—Sí me conoces.

Bryce sintió que volvía a estar a la defensiva.

—No, no te conozco. Conozco a la mujer que quiere a mi hija como si fuera suya —le dijo con una sonrisa—. Conozco a la mujer que me vuelve loco. A la mujer que hace el amor conmigo como si no existiera el mañana; pero hay un mañana, Ciara, y también un ayer.

Ciara tragó con dificultad, mientras, su corazón le latía a toda velocidad. Los ojos le estaban abrasando.

Nadie la conocía tan bien como él. Ella siempre había sido muy fría y distante, pero para él había abierto su corazón. Pensó que ya

no tenía el muro defensivo que siempre la había ayudado, que ahora estaba a solas frente a él y tenía que darle algunas respuestas.

Respiró hondo.

—Les hice mucho daño, Bryce. Y pensé que lo mejor sería mantenerme alejada de ellos.

La expresión de él se suavizó.

—¿Qué pasó?

«Que empecé a trabajar para la CÍA», pensó ella.

—Los abandoné.

—¿Por qué?

Ella le dijo una verdad a medias.

—Porque quería vivir mi propia vida. Sin ataduras y sin responsabilidades familiares.

—Bueno, te entiendo. Yo hice algo parecido. Mi padre quería que me quedara con el negocio familiar, pero yo me puse a trabajar para el Servicio Secreto.

—Pero nunca cortaste con ellos por completo.

—Sí, lo hice. Sólo volví una vez que mi padre se puso muy enfermo. Fue entonces cuando conocí a Diana. Incluso, entonces, me molestaba un montón que mi familia insistiera en que debía quedarme. Quizá por eso no pude hacer feliz a Diana, por obligarme.

—Ése es otro asunto, Bryce.

—Sí. Un asunto zanjado —dijo él apretándola contra su cuerpo mientras le acariciaba la espalda.

—Siento mucho haberte obligado a hablar.

—No —dijo ella apretándolo aún más—. Tenías que saberlo.

Ella echó la cabeza para atrás y aceptó su beso.

Carolina se acercó trotando y se agarró a sus piernas, intentando sujetarse. Ciara se inclinó, la levantó en brazos y la acercó a su pecho como si fuera un diamante. La niña la recompensó con una gran sonrisa.

Bryce observó lo bien que se llevaban, preguntándose cómo podía ver tan claramente el amor que las unía y, sin embargo, aún tener sospechas de que ella seguía ocultándole algo. No le gustaba pensar en eso e hizo un esfuerzo por alejar aquellos pensamientos de su mente.

* * *

En el garaje, Bryce salió del coche, desconectó las alarmas y entró en la casa. Después, volvió a conectar el sistema de seguridad. Había intentado llegar a casa más temprano, pero no lo había conseguido. Al menos, había logrado volver antes del anochecer durante tres noches seguidas.

En la casa todo estaba a oscuras. Llamó en voz alta, pero no obtuvo respuesta. Miró el reloj de nuevo y se preguntó dónde podían estar a aquellas horas. Se movió por la casa buscándolas, pero no las encontró en ninguna parte.

Estaba empezando a sentir verdadero pavor. Volvió a la habitación de Ciara y abrió el armario. Respiró un poco más tranquilo al ver las maletas y la ropa en su sitio; pero aún seguía muy preocupado. Entonces, se dirigió hacia el cuarto de baño de Ciara y al abrir la puerta como un vendaval se quedó congelado.

Ciara estaba con Carolina en la bañera. El agua estaba rebosante de burbujas.

Dejo escapar un suspiro y se arrodilló para abrazarlas.

—Gracias a Dios —dijo en voz alta y tomó la boca de Ciara en un largo y profundo beso.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella cuando él la soltó.

—Al llegar a casa lo encontré todo a oscuras, no podía encontrarte y pensé… —Acarició la cabeza de su hija—. Dios, no sé qué pensé.

Tenía las manos temblorosas. Entonces, Ciara se dio cuenta.

—Pensaste que me había marchado con ella.

—No. Pensé que os había pasado algo. A las dos.

Una chispa de calor recorrió el cuerpo de Ciara.

—Estamos muy bien. Por favor, cierra esa puerta, Bryce, la corriente está haciendo tiritar a Carolina.

—¿Qué estáis haciendo juntas en el baño?

—Relajándonos y jugando un rato —dijo ella, echándole agua a la niña por la espalda.

—Cuando yo la baño, llora.

—¿Te bañas con ella?

—No —respondió mirándola como si fuera la última cosa que se

le hubiera pasado por la cabeza.

—Me imagino que debe ser la falta de seguridad. Las primeras veces que yo la bañé también lloraba. Pero ahora que ya ha estado en la piscina y se ha acostumbrado al agua…

Bryce se acercó a la niña.

—Hola, princesa.

Carolina se lanzó hacia él como si lo acabara de ver. Bryce la tomó en brazos.

—Vas a estropear otro traje, le dijo Ciara.

—¿A quién le importa?

Envolvió a la niña en una toalla y se puso a hablar con ella. El corazón de Ciara se le encogió en el pecho. Los ojos se le humedecieron un poco y comprendió el esfuerzo que hacía Bryce para ser padre y madre a la vez y lo que quería a la niña.

Eso ya lo sabía, pero verlo con sus propios ojos era otra cosa. La hacía comprender lo que deseaba quedarse allí y formar parte de aquello.

—¿Ya has acabado de mimarla? —preguntó él.

—No, déjame que le quite bien todo el jabón.

Él besó a la niña y se puso de rodillas para dejarla con Ciara.

—La próxima vez, utiliza la bañera de mi habitación. Es más grande y el *jacuzzi* hace unas pompas estupendas —dijo Bryce.

—Seguro. Pero creo que esa bañera preferiría compartirla contigo. Podría ser interesante.

El gruñó con frustración y, aunque no le apetecía marcharse, se puso de pie.

—Llámame cuando hayas terminado —dijo, caminando hacia la puerta—. Quiero llevarla yo a la cama.

—Sólo tardaré un par de minutos, ya tiene bastante sueño.

Bryce volvió a mirar a Ciara antes de salir y sintió que su cuerpo se endurecía.

Ciara miró a Carolina y pensó que su vida era bastante normal, casi rutinaria.

Su vida real, la vida de espía, cada vez le parecía más lejana y, aunque sabía que su jefe se estaría preguntando qué le había pasado, a ella no le importaba. Podría mantener esa puerta cerrada toda la vida, pero el hecho de que también la mantenía cerrada para Bryce la hacía dudar de cuánto duraría aquello. Especialmente,

cuando cada día estaba más enamorada de él.

* * *

Abajo, Bryce estaba acabándose la cena que Ciara le había dejado preparada cuando se dio cuenta de que estaban tardando mucho. Se levantó de la mesa y subió a la habitación de Ciara. Al abrir la puerta se las encontró a las dos dormidas, abrazadas, sobre la cama. Su hija tenía un mechón de pelo de Ciara entre los dedos como si tuviera miedo de que la dejara. La entendía muy bien, porque él tenía el mismo sentimiento. Se acercó a la cama y tomó a la niña en brazos. La llevó a su cuarto y la puso en la cuna. La niña lloriqueó un poco, pero enseguida siguió durmiendo.

Después, volvió por Ciara.

La tomó en brazos y la llevó a su dormitorio. Ella se despertó enseguida.

—¿Bryce? —dijo con un bostezo cuando él la soltó sobre la cama.

—¡Chis! —La acalló él con suavidad y fue a apagar la luces—. Quiero dormir contigo, cariño. Sólo dormir.

Ella se deshizo de su albornoz y extendió una mano hacia él.

—¿Estás seguro de que sólo quieres dormir? —preguntó acercándose a él—. ¿Estás seguro de que no puedo convencerte de otra cosa?

Él se deslizó sobre ella, con su erección presionando sobre su suavidad.

—Tú siempre puedes convencerme. Siempre.

Capítulo 11

—Cariño, ¿traes la ensalada de patatas? —dijo Ciara desde la puerta del jardín.

Bryce sonrió e hizo lo que ella le mandaba.

—¿Cariño? —preguntó Hope cuando él salió.

Él miró a su hermana como si nunca hubiera roto un plato.

—Quieres que te diga que tenías razón, ¿verdad?

—Ah, claro.

—De acuerdo, tenías razón.

Hope sonrió y miró al cielo.

—Pero tienes que tener la boca cerrada.

—Lo juro —dijo ella haciéndose una cruz sobre el pecho para confirmar su promesa.

—¡Cómo si te fuera a creer!

—¿Creer qué? —preguntó Ciara.

—Que Hope vaya a mantener la boca cerrada —le explicó él.

—No tienes ninguna oportunidad —le respondió Ciara—. Eso es lo que la hace tan interesante.

Hope le sacó la lengua a su hermano.

—Me voy a asar la carne —dijo él con tranquilidad, pasándole la fuente a su hermana.

Al pasar al lado de Ciara, le guiñó un ojo y le pasó una mano por la cintura.

Bryce puso en la parrilla las hamburguesas y las salchichas para los niños y los filetes para los mayores y la cerró.

Con los ojos recorrió la piscina.

Los niños estaban jugando en la parte poco profunda y sus padres, esparcidos por el borde, vigilaban con ojos atentos. El aire estaba lleno de «mamá mírame» y «papá mira lo que hago».

Estaba deseando que llegara el momento en el que Carolina hablara como ellos. Estaba a punto.

Su hija, que estaba en un extremo de la piscina, enfundada en un chaleco salvavidas y un flotador, estaba jugando con Katey, mientras Carolina las miraba desde el borde.

El cuñado de Bryce, Chris, estaba jugando a lanzar herraduras con Stan, el marido de Portia. Bryce lo conocía desde el instituto, pero hacía unos dos años que no lo veía. Exactamente, desde la boda.

El marido de Katey se acercó a él señalando hacia Ciara con la cerveza.

—Es fantástica, Bryce. Me alegro por ti.

Bryce sintió que una vocecilla interior lo avisaba de que tuviera cuidado.

—¿Vais en serio, verdad? —preguntó Drew, en voz baja.

Bryce intentaba negárselo a sí mismo, pero su corazón no se lo permitía.

—Sí —respondió con una sonrisa.

—Bien. Todos nos alegramos de que te haya traído de vuelta al mundo de los vivos.

Bryce le dedicó una sonrisa avergonzada, sabiendo que era verdad.

Había evitado a la gente porque no quería su compasión por un dolor que no sentía. Tampoco había querido que nadie le hiciera preguntas.

Entonces, Ciara entró en su vida y la puso patas arriba.

Ya nada era igual. Ni la casa, ni su hija y, por supuesto, él tampoco.

Dirigió su mirada hacia ella y sonrió. Ciara había invitado a sus amigos y lo había preparado todo ella sola. Estaba seguro de que todo el mundo estaba a gusto.

Como si ella hubiera sentido que la estaba mirando, giró la cabeza hacia él. Inmediatamente, abrió los ojos como platos, corrió hacia él y abrió la parrilla.

—Por Dios, Bryce —dijo apartando el humo.

—Lo siento —dijo él sacando la comida a toda velocidad antes de que se carbonizara—. Estaba mirándote.

—Ahora resulta que voy a ser yo la culpable. ¿Tan difícil es asar unas hamburguesas?

—Se trataba de un cumplido —dijo él seco.

—¡Oh! —exclamó ella y se puso colorada.

Drew se rió y se alejó hacia su esposa mientras Bryce rodeaba a Ciara por la cintura.

—Gracias, preciosa.

—¿Por qué?

—Por todo esto. Por organizarlo todo tú sola y tan bien.

—No podía permitir que por nuestra relación perdieras a tus amigos por segunda vez.

—Es la mujer, cariño, no la ocasión la que hace la diferencia.

A Ciara se le llenaron los ojos de lágrimas. Estaba mirándola con tanta ternura que le llenaba el corazón por completo. Ella le rodeó la cara y lo besó con suavidad.

—¡Vamos, Bryce! —gritó su hermana y ellos se separaron.

—Vete a hacer algo —le dijo él—, antes de que me convierta en un perfecto idiota delante de todos y te arrastre hasta el cuarto.

—¿No me digas? Yo sólo quería verte cocinar —respondió ella —. Aunque esa actitud de hombre de las cavernas es muy erótica. Casi tanto como la de capitán.

El gruñó por las imágenes que aquello evocaba.

Y todavía quedaba mucho para que fuera de noche…

Se volvió hacia la parrilla y Ciara fue a sentarse en el borde de la piscina, al lado de Carolina.

Bryce le dijo algo a su hermana y ésta se rió. Ciara no estaba escuchando la conversación, sólo los miraba, absorta. Era obvio que se adoraban y eso le hacía añorar a su propia familia. Se preguntó qué estarían haciendo en aquel momento.

¿Cuántos años tendrían los hijos de Mike? ¿Se habría enamorado ya Cassie? ¿Le habrían roto el corazón sin que tuviera a nadie a su lado para ayudarla? ¿Y Richard? Se había perdido su boda.

—Hope, ¿puedes vigilar a Carolina un rato? Tengo que comprobar una cosa.

Hope asintió y fue junto a la niña.

Ciara agarró una toalla, se la enrolló alrededor y entró en la

casa. No paró hasta que llegó al dormitorio que había utilizado al principio.

Sacó el ordenador de una maleta, sin pararse a pensar en lo que estaba haciendo. Quizá se estuviera creando problemas, pero eso no le importaba.

Conectó el ordenador por medio mundo y, después, regresó a Georgia, a sólo unos cientos de kilómetros de distancia.

Marcó el número, con el corazón en un puño, y esperó la respuesta. Quería escuchar las voces de su pasado. Aunque sólo fuera durante un momento.

—¿Diga? —dijo la voz de un hombre al otro lado.

Ciara sintió que la invadía una oleada de emociones.

—Hola… Esto… —Tomó aire, intentando recobrar la compostura.

—¿Quién es?

—¿Richard?

—Sí.

—Soy Ciara.

Primero se hizo un silencio.

—¡Oh, Dios! ¿Ciara?

—Lo sé. Ha pasado mucho tiempo.

Él resopló y ella pudo sentir la amargura en el tono.

Ciara escuchó voces al otro lado y luchó por contener las lágrimas. Otra voz se puso al aparato:

—¿Ciara? ¿De verdad eres tú? Dios, ¿dónde estás?

—Mike. Os echaba de menos…

—Ya me imagino. Por eso no nos llamas nunca —intervino Richard.

—¡Basta ya! Richard —dijo Mike—. ¿Vas a venir a vernos?

Ciara cerró los ojos, pensando en el dolor que le había causado a su familia, pensando que había dejado unas heridas que tal vez costara curar.

—No puedo.

—Por favor, cariño. Hace un montón de años que no te vemos —dijo Mike.

—Lo sé. Lo siento. ¿Estás Cass por ahí?

—No —respondió Richard—. Siguió tus pasos y no sabemos dónde está. Aunque, a veces, viene a casa.

De fondo, Ciara podía oír a los niños y a las mujeres.

Una de ellas estaba riñendo a Richard por la forma en que estaba tratando a su hermana.

—Estoy causando problemas. Lo siento. Tengo que despedirme.

—No, Ciara, espera —gritó Richard al auricular—. Vuelve a casa. Lo solucionaremos todo.

Las siguientes palabras brotaron de su boca entre sollozos:

—Adiós. Os quiero a todos.

Ciara cortó la línea y se llevó el teléfono al pecho, llorando, preguntándose si alguna vez podría volver a casa. O si alguna vez tendría su propio hogar. Guardó el ordenador y se dirigió hacia el cuarto de baño para refrescarse un poco la cara y ocultar las marcas del llanto.

Pero aún deseaba llorar más, pensó. El enfado de su hermano mayor estaba plenamente justificado y se preguntaba a cuánta gente le habría hecho daño por culpa de su carrera. Antes de salir de la habitación, se asomó a la ventana para mirar a la gente que estaba disfrutando de aquel hermoso día.

Primero, se fijó en la niña y, después, en Bryce, que estaba riéndose con Drew; casi podía sentir su alegría.

«Lo quiero», se dijo para sí.

Era muy feliz en aquel lugar. Se sentía plena, necesitada y amada. Tenía amigos de verdad con vidas normales y sinceras y ella podía actuar como si fuera normal. Le gustaba tanto aquella vida que se preguntaba si merecía la pena perderla por la CÍA.

Sabía perfectamente que la respuesta era «no».

* * *

Bryce la saboreo, disfrutando de la manera en que ella le introducía los dedos en el pelo y flexionaba su cuerpo cuando el placer la inundaba.

Ella gimió su nombre, susurrándole que no esperara más. Y Bryce sacó la cara de entre sus piernas. Ella se subió sobre él, hundiéndose sobre su erección.

Durante un instante, él la abrazó con fuerza, sintiendo cómo le clavaba los dedos en la piel. Ella lo besó con suavidad y sensualidad

mientras comenzaba a cabalgar sobre él. Él llenaba su suavidad, empujando con fuerza en su cálido interior, disfrutando de la suave presión de sus músculos.

La sangre le estaba hirviendo y su excitación palpitaba. Sin embargo, continuaba moviéndose lentamente, controlándolo, torturándolo.

Ciara comenzó a gemir y él supo que estaba cerca. Su cuerpo estaba lleno de vida y sensaciones que él podía sentir y saborear como si fueran de él mismo.

Nada podía alcanzarlos allí, pensó él y juró que nada los separaría jamás.

Los movimientos de ella se apresuraron y la seducción lenta se convirtió en pura pasión, primaria. Le encantaba aquello.

Ella lo cabalgó, empujando con sus caderas cada vez con más fuerza y Bryce pensó que iba a estallar en mil pedazos en cualquier momento.

—Bryce —gimió Ciara—. No me sueltes.

—No te soltaré, cariño. Nunca.

La agarró con fuerza por los glúteos y la apretó más contra él.

Ciara sintió que la entrañas le explotaban en mil pedazos, mientras Bryce gritaba su nombre.

Bryce se hundió en la cama y Ciara lo miró.

—Te amo —declaró ella con la voz ronca—. Te amo —repitió.

—¿A sí?

—No importa si tú no me amas. Ya sé que lo pasaste muy mal…

—¡Chis! —La interrumpió él, incorporándose de nuevo—. Nunca le he dicho esto a una mujer…

—No lo hagas —le suplicó ella—. No te atrevas a decir nada que no sientas de verdad.

Él sonrió.

Se volvió a su lugar y la recorrió con la mirada. No tenía ni miedo ni reservas, sólo podía sentir las emociones que había guardado durante tanto tiempo.

Tomó aliento y dijo:

—Te quiero, Ciara.

Las lágrimas inundaron sus ojos y una lágrima le rodó por la mejilla.

—Nunca me ha querido nadie, Bryce. Nunca.

—Yo sí, cariño. Te amo de verdad.

Ella lo besó profundamente y los dos se hundieron en un cálido abrazó. Ciara pensó que nunca había sido tan feliz.

* * *

Bryce estaba mirando por la ventana de la oficina en lugar de trabajar.

Su mente no podía descansar.

Durante la última semana, le había costado mucho salir de casa y dejar allí a Ciara. Pensaba que no era posible ser tan feliz. Ella ocupaba su mente a cada instante y se preguntaba si todos los enamorados sentirían lo mismo.

Tenía lo que siempre había considerado imposible y debía hacer planes, pensó mirando a la caja de terciopelo que había dejado sobre el escritorio.

Tenía que hacerlo bien porque iba a empezar a construir su futuro.

En aquel momento, alguien entró en la oficina.

—Señor Ashland —le dijo su secretaria—. Tiene una llamada por la línea tres.

—¿Es Ciara?

Lisa sonrió, divertida.

—No, señor. Es alguien llamado Steve Hartlan.

Las facciones de Bryce se tensaron y asintió con la cabeza.

Ella salió de la oficina y él se quedó mirando al aparato. Se había olvidado por completo de aquel asunto. Cuando Ciara comenzó a trabajar para él, antes de que su relación hubiera cambiado, él le había pedido a un viejo amigo que la investigara. Como padre, tenía todo el derecho a conocer a la niñera de su hija.

La cabeza se le llenó de imágenes de ella y pensó que no podía amarla más. Casi le costaba respirar cuando pensaba en ella y no quería que nada cambiara entre los dos.

Y se preguntó si aquella llamada cambiaría algo.

Casi llamó a Lisa para que le dijera a Steve que no estaba en la oficina, pero no podía hacerlo. Dudó un instante y cerró los ojos, deseando que Ciara nunca se enterara de aquello. Nunca lo

perdonaría, pero Bryce decidió que no le quedaba otro remedio.

¿Por qué tendría tantas sospechas? Sería porque ella era muy evasiva y nunca le hablaba de su vida con claridad.

Sólo pensar que le podía estar mintiendo le encogía las entrañas. El no le había dado ningún motivo; todo lo contrario, le había dado sobradas pruebas de que podía confiar en él.

Quería comenzar una nueva vida con ella y, si ella no iba a ayudar, tendría que hacerlo solo.

Agarró el auricular y presionó el botón.

—¡Hola, Steve!

—Hola, amigo.

—¿Qué me cuentas?

—Oye, no hay nada sobre ésta Ciara Stuart. He deletreado su apellido de cinco maneras diferentes y nada.

Bryce frunció el ceño. Steve tenía muy buenas conexiones y, si él no había encontrado nada, Ciara Stuart no existía.

—¿Probaste sólo con su nombre?

—Sí y me aparecieron quince millones de mujeres que se llaman así. ¿Quieres venir a echar un vistazo a los archivos?

—No, gracias, me lo creo.

—Escúchame, Bryce, no sé qué significa esa mujer para ti; pero si yo fuera tú, le haría un montón de preguntas.

—Eso haré, créeme.

Bryce le dio las gracias y colgó. Agarró un lápiz y le dio vueltas pensativo, después se levantó y salió de la habitación.

—Me voy a tomar el resto del día libre —le dijo a su secretaria al pasar por la recepción.

—Pero, señor, tiene la agenda repleta de citas.

—Cancélalas —gruñó, saliendo por la puerta.

Iba a buscar a Ciara y a saber todo lo que necesitaba.

* * *

Ciara estaba en la habitación de Carolina con la niña en brazos. Estaba meciéndose en la hamaca cantándole una nana para que se durmiera la siesta. A Bryce casi se le rompe el corazón ante una imagen tan tierna.

Odiaba pensar en lo que estaba pensando.

Pero ella le había mentido. Le había mentido desde el principio.

Ciara dejó a la niña en la cuna y la cubrió con una sábana.

Bryce sintió una opresión en el pecho.

Cuando Ciara se volvió y lo vio allí plantado, le dedicó una sonrisa. Se acercó a él para darle un beso. Bryce la apretó contra él, devorando su boca, deseando que todas sus sospechas fueran falsas. Se dijo a sí mismo que no le importaba, pero, en realidad, le importaba muchísimo.

—¡Vaya! —exclamó ella cuando él se separó.

Entonces, ella entrecerró los ojos al ver su mirada taciturna.

—¿Qué pasa?

Él no contestó. La agarró de la mano y la llevó a su dormitorio.

—Ya entiendo —dijo ella, riéndose.

—No; no entiendes.

—¿Bryce?

Ella se separó y él se volvió para mirarla. La expresión seria de sus ojos hizo que un escalofrío le recorriera la columna.

—¿Por qué te comportas así?

—Ciara —dijo él en voz baja, agarrándola de los brazos para atraerla hacia él—. Quiero empezar a construir una vida junto a ti. Quiero algo más que una relación temporal y superar este sentimiento de que te voy a perder en cualquier minuto.

—No me perderás.

—Entonces, ¿por qué no me cuentas qué estás ocultando?

Ella lo miró a los ojos y supo que el momento de la verdad había llegado.

—¿No puedes contarme qué es lo que tanto te preocupa? Confía en mí, cariño.

Ella se puso de puntillas y le dio un beso.

—De acuerdo —dijo y dio un paso hacia atrás—. Te voy a confiar mi vida.

Él pensó que ella debía ser testigo de algo. Estaba casi seguro.

—Trabajo para el gobierno —dijo ella.

—Eso no es cierto —dijo él con la mirada seria.

—Sí lo es.

—¿Cómo es posible entonces que no haya nada sobre ti?

Ella palideció.

—No hay nada sobre Ciara Stuart, ni tarjeta de la seguridad social, ni impuestos, nada.

—¡Oh, Dios! —susurró ella al darse cuenta de lo que había sucedido—. Has hecho que me investigaran.

Bryce se tensó un poco.

—Sí.

—¿Cuánto me has investigado?

Bryce frunció el ceño al ver el horror reflejado en su rostro.

—¿Cuánto? —gritó ella.

—Cuando llegaste aquí, le pedí a un amigo que buscara información sobre ti. Ya me había olvidado del asunto hasta que hoy me llamó. La investigación fue lo suficientemente exhaustiva para descubrir que no existías.

Ella lanzó un juramento y salió de la habitación corriendo. Se dirigió hacia su habitación, abrió la puerta del armario y sacó una maleta.

—¿Te marchas? No sin hablar conmigo.

—No me marcho. Pero no tienes ni idea de lo que has hecho —dijo ella, abriendo la maleta para sacar el ordenador y el teléfono.

—¿Por qué no me lo dices?

—Me dijiste que confiara en ti y eso es lo que estoy haciendo.

—¿De qué me estás hablando?

Ella abrió el ordenador portátil, lo puso en marcha y conectó el teléfono.

—De que por tu pequeña investigación podrían matarme.

Capítulo 12

Bryce sintió pánico mientras los dedos de ella se deslizaban sobre el teclado del ordenador. Observó la pantalla y vio la línea roja saltar de los Estados Unidos a otros tres continentes y, después, volver a los Estados Unidos. «Está desviando una llamada telefónica», pensó él y consideró dónde podía haber aprendido a hacer aquello y por qué. El punto rojo se detuvo en algún lugar de Virginia.

Inmediatamente, supo que estaba llamando a las oficinas centrales del gobierno en Langley, Virginia.

Un mal presentimiento le recorrió la espina dorsal. Aquello solo podía significar una cosa. Una opción que él no había tenido en cuenta.

Ella no se atrevía a mirarlo mientras hablaba por teléfono.

—Patterson —dijo la voz de su jefe al teléfono.

—Índigo, Alfa,

4-0-8

. Codifica la llamada.

Ciara estaba temblando. Un pánico que nunca había sentido le invadía todo el cuerpo y hacía que sus músculos se tensaran.

—¿Lo tenéis? —preguntó ella en cuanto pudo hablar.

—¿Dónde diablos te has metido? He estado intentando localizarte.

—Dónde esté yo no importa. ¿Lo tenéis o no? —dijo ella con poca paciencia.

—Sí, ya lo tenemos, pero tú también tienes que venir.

Ciara dejó caer los hombros mientras apartaba el teclado.

—Ya lo sé.

—Fuiste muy inteligente al enviar la cinta al senador y a mí la carta. ¿Es que no confiabas en mí, Caldwell?

—Era mi vida la que estaba en peligro y tenía razones para no confiar en nadie.

En ese momento, no pudo evitar mirar a Bryce.

El corazón se le partió en mil pedazos al ver la mirada de él.

—Tienes que volver para presentar el informe de la misión y…

—Ya me conozco la rutina; pero ahora mismo no puedo ir.

—Es una orden, Caldwell.

—Entonces, tendré que desobedecerla.

Patterson cedió.

—¿Cuándo entonces? —preguntó con un gruñido.

—Maldita sea. No lo sé con certeza. Dame algún tiempo —colgó y cortó la línea que la conectaba a través de medio mundo. Cerró el ordenador y dejó el teléfono a un lado.

El silencio era abrumador y Ciara tomó aliento antes de hablar.

—No me puedo creer que hicieras que me investigaran.

—¿Por qué no? ¡Tu vida no es otra cosa que un puñado de secretos!

—Sí, lo es. Bueno, lo era.

Él ignoró su respuesta.

—¿Para qué agencia trabajas? ¿El FBI, la CÍA?

Ciara agarró su maleta, la abrió y despegó la línea de la parte inferior. Con un cuchillo que tenía allí oculto, rasgó el lateral y sacó una carpeta de cuero negra. La abrió y le entregó a él una cartera de piel igual que la que él llevaba en el servicio secreto.

Él la abrió y miró la placa del interior. De la CÍA.

Bryce lanzó un juramento.

Ella pestañeó, sintiendo que el precioso mundo que había empezado a disfrutar no hacía mucho comenzaba a hacerse añicos.

—Caldwell. Eso explica por qué no encontraba nada sobre ti —dijo él lanzándole la placa—. ¡Hasta me mentiste con tu nombre!

—Tuve que hacerlo. Estaba protegiendo mi vida y la de cualquiera que estuviera a mi lado.

—Nosotros sólo éramos tu tapadera —afirmó él, horrorizado.

—No —negó ella con firmeza—. No esperaba que estuvieras

aquí. Lo sabes.

—Podías confiarme tu cuerpo y tu corazón; pero no tus secretos. Yo podía haberte ayudado.

—No, no podías. Bryce, escúchame —dijo ella alzando una mano para tocarlo, pero la mirada fría de sus ojos la detuvo—. Mi compañero estaba tramando algo con el bando contrario. Yo lo vi y lo grabé. Después de cubrirme la espalda, envié la cinta a un senador. Después, tenía que ocultarme hasta que lo cazaran. Si no, él podría haber venido por mí.

—¿O por Carolina?

—No. Vosotros no corríais ningún peligro.

—¿Y que habría pasado si tus planes hubieran fallado y tu compañero te hubiera localizado? ¿Me vas a decir que Carolina no corría ningún peligro?

—Yo la hubiera protegido con mi vida —dijo ella con firmeza.

—Yo puedo protegerla, maldita sea. Pero si no fuera por ti y tus mentiras, no tendría que hacerlo.

—Estaba intentando proteger mi vida. No podía confiar en nadie.

—¿Ni siquiera en mí? ¿Por qué no?

Bajo su furia se escuchó una súplica. Estaba dolido y herido y necesitaba que lo calmaran.

—Cariño, quería hacerlo, pero sabía que reaccionarías así. Aquel día en el supermercado lo supe. Mira ahora; estoy confiando en ti y lo único que tú haces es gritarme.

La expresión de él era como el hielo y Ciara sintió que la distancia entre ellos aumentaba.

—¿Estaba Katherine Davenport metida en esto?

—Ella me dio el trabajo, pero no sabía por qué lo quería.

—¿Ella sabe a qué te dedicas?

—Sí. Pero ni siquiera mi familia lo sabe.

—Así que los dejaste para convertirte en una espía —dijo él con disgusto—. Para utilizar a la gente, para utilizarme a mí.

—Yo no te estaba utilizando. Lo sabes muy bien. Era mi vida la que estaba intentando proteger. Mark Faraday tiene más experiencia que yo. Podía haberme encontrado si hubiera sabido que yo lo había descubierto. Entonces, me hubiera matado —dijo ella.

—¿Por qué estás tan segura?

Ella apartó la mirada.

—Porque eso sería lo que yo hubiera hecho.

Su expresión se tornó dura como el granito y Ciara vio que el amor que sentía por ella desaparecía.

—Esto es demasiado serio para que me lo hayas ocultado, Ciara.

—No había ningún peligro hasta que tú empezaste a investigar mi pasado.

—No es tu pasado. Todavía perteneces a la CÍA. ¿Acaso no sabes ya quién eres?

Sus palabras eran afiladas como cuchillos.

—Pensé que era la mujer a la que amabas.

Las facciones de él se retorcieron de dolor.

—Por lo visto ni siquiera soy eso —añadió ella.

Bryce se marchó de la habitación sin decir nada y Ciara entendió. Nunca conseguiría que la perdonara. Así que hizo lo único que podía para mantener algo de dignidad: preparó la maleta y se marchó.

Bryce ni siquiera la vio irse. No hacía falta. El sentimiento de pérdida lo invadía hasta lo más profundo de su ser, hasta robarle el aire.

Se sentó en la cama y hundió la cara entre las manos.

* * *

Ciara pasó por debajo del arco de piedra del Centro de Inteligencia George Bush y no sintió lo que había esperado. No era como volver a casa, no sentía como si se estuviera embarcando en una nueva aventura. Simplemente, se sentía extraña. Sus tacones resonaron sobre el suelo de mármol mientras caminaba por el vestíbulo en dirección al ascensor.

Había pasado tres días informando a sus superiores, al senador y al director. Se negó a decirles dónde se había ocultado durante los dos últimos meses hasta que logró que le prometieran que no se pondrían en contacto con Bryce. Ya lo había involucrado demasiado y no permitiría que destruyeran su vida más de lo que ella ya lo había hecho.

Continuó por el pasillo, abriendo puertas dobles hasta que llegó a la oficina de su jefe.

Él apenas levantó la cabeza.

—Caldwell, estoy ocupado.

—Bien. Esto sólo nos llevará un par de minutos.

* * *

Bryce entró corriendo en la habitación de su hija y se encontró con la nueva niñera paseándose con la niña en brazos por toda la habitación.

La joven rubia lo miró con desesperación.

—Siento haberlo despertado, señor. Se despierta continuamente llamando a su mamá.

—Lo sé —dijo él, tomando a la niña en brazos—. Vuelva a su habitación. Yo cuidaré de ella.

La niñera hizo lo que le pidió.

Bryce se sentó en la mecedora y apretó a la niña contra su corazón. Era demasiado pequeña para entender nada; sólo sabía que la mujer que había actuado como su madre no estaba con ella. Era cruel. Y Bryce se culpaba a sí mismo. Había hecho lo que se había jurado que no haría: separarse de ella. Ciara había confiado en él y él le había fallado al echarla de su lado. Sacándola de su vida.

Ella era una mujer fuerte e independiente. Llevaba sola muchos años y sabía cuidar de sí misma. Por supuesto, podría resolver sus problemas sin su ayuda. Pero ¿y él?

Por enésima vez se preguntó dónde estaría y qué estaría haciendo.

Se había marchado antes de que él saliera del cuarto. La última imagen que tenía de ella era con la cara llena de lágrimas. Había vaciado su habitación en un momento y le había dejado una nota para informarlo de que llamaría a la agencia para que le mandaran una sustituía inmediatamente.

Como si fuera tan sencillo sustituirla.

Con sólo mirar a su casa y a su hija, sabía que a Ciara no sólo le importaba el espionaje y la CÍA. Sin embargo, no podía evitar los pensamientos que lo invadían. Pensaba que él nunca podía ser

suficiente para ella, que su vida aburrida nunca podría remplazar la intriga y el peligro de ser un agente. ¿No le había costado a él dejar su carrera? ¿Cómo iba a pretender que lo hiciera ella?

Se frotó la cara.

Sin embargo, sin ella, su vida parecía vacía.

* * *

Ciara se acercó a la casa y observó a su familia. No los había llamado por miedo a que la hubieran rechazado.

Quería salir corriendo; sin embargo, se obligó a dar un paso al frente y a abrir la verja del jardín. La puerta rechinó y varias caras se volvieron hacia ella. Ella dio un paso hacia delante y esperó.

—¿Ciara? —llamó Michael caminando hacia ella.

Ella asintió.

En el otro extremo del jardín, una mujer joven de pelo negro gritó y salió corriendo hacia ella. Michael fue el primero en tomar a Ciara en sus brazos. En el mismo instante en que la soltó, Cassie se abrazó a ella, llorando. Ciara intentó controlar sus propias lágrimas pero no lo consiguió.

Entonces, escuchó la voz cavernosa de su hermano Richard.

—¡Vaya! ¿Qué es de tu vida?

Ciara soltó a Cassie y miró a su hermano mayor.

—Lo siento —dijo sin ocultar las lágrimas.

Su expresión flaqueó. Se miraron fijamente y, entonces, Richard se acercó a ella lentamente y la rodeó con los brazos.

—Todo está bien, Ciara. Ya estás en casa.

* * *

-Bryce me llamó preguntando por ti —le dijo Katherine, mientras le pasaba un vaso de té helado.

Los hielos tintinearon cuando ella agarró el vaso.

—¿Qué quería?

Kate la miró.

—Hablar contigo.

Ella movió la cabeza.

—No puedo verlo, Kate. Sería demasiado doloroso.

—Siempre has ido por lo que has querido, Ciara. ¿Por qué no lo haces ahora?

Ciara se dirigió hacia la ventana del salón de Katherine.

—Lo que yo quiero no puedo conseguirlo. Ya no.

—¿Estás segura?

—Sí. Sólo quería paz y tranquilidad. La rutina era tan agradable… Me gustaría tomar clases de baile, hacer fiestas para los amigos y… tener mis propios hijos —casi se ahoga—. Lo tenía todo, Kate. Y yo soy la única culpable de su destrucción.

—Yo no diría eso, cariño.

Ella se volvió de golpe, con el corazón en un puño, y se encontró con Bryce.

—¿Es cierto que has dejado la CÍA?

No podía decir ni una palabra por la impresión, así que asintió. La manera en que la estaba mirando le paraba hasta el corazón.

—¿Por qué?

—Ya no podía hacerlo. Eché un vistazo a la pistola y comprendí que aquélla era la antigua Ciara. Aquella vida pertenecía a la mujer que había ido a tu casa —tomó aliento—, no a la mujer que había salido de ella.

—Entiendo —dijo él sin poder apartar los ojos de ella.

Desde que había salido de su vida había sentido que se ahogaba y, ahora, por primera vez en muchos días, lograba volver a respirar.

—Siento haberte engañado, Bryce —dijo ella de repente—. Pero era parte de mi trabajo, tenía…

—Lo sé —la interrumpió él—. Me llevó un tiempo darme cuenta —dijo metiéndose las manos en los bolsillos—, pero ahora sé que estábamos a salvo. No debí echarte de casa cuando confiaste en mí. Me porté como un idiota.

—No. Tú solo estabas…

—Sí, Ciara —dijo él con firmeza—. Eres una mujer sorprendente y yo tenía miedo de no ser suficiente para ti. Sé lo emocionante que es la vida de agente secreto. ¿Cómo podía ofrecerte yo algo mejor?

—Ya lo habías hecho. Me lanzaste una cuerda cuando me estaba ahogando. Era una mujer solitaria que se había olvidado de vivir y

de amar.

—No puedo ofrecerte toda la emoción de la vida de espía.

—No la quiero.

—¿Yo sólo soy suficiente para ti?

Ella asintió, no podía hablar por el nudo que tenía en la garganta.

Él le acarició la cara y le deslizó la mano por el pelo.

—Te quiero, Ciara. Te he echado tanto de menos —dijo él—. No me importa lo que hayas hecho hasta ahora ni cómo te llamaras. Sólo quiero que a partir de ahora te llames Ashland.

—Te amo —le dijo ella con ardor.

—Entonces, vuelve a casa conmigo, cariño —murmuró él—. Vuelve conmigo a River Bend y cásate conmigo.

Bryce contuvo el aliento.

—No hay nada que más desee en el mundo —respondió ella lanzándose a sus brazos.

Él la beso, ahogándose en sus labios, en su aroma. Sabiendo que tenía el resto de la vida para saciarse de ella.

Antes de que ella apareciera en su vida, se había sentido perdido, errante. Pero ella apareció y le dio una segunda oportunidad.

No podía esperar más tiempo para empezar su nueva vida con ella.

—¡Oye! Aquí hay alguien que quiere la parte que le corresponde —dijo Kate.

Ellos se separaron y vieron a Kate entrar con Carolina en brazos. Cuando la niña vio a Ciara extendió los brazos hacia ella.

—¡Mamá! —gritó y Ciara la tomó en brazos.

La vida normal nunca le había parecido tan hermosa.

Se acercó a Bryce, respirando su aroma, acariciando el pelo de la niña. Una gloriosa paz la invadió y Ciara le dio gracias a Dios por la nueva oportunidad.

Por tener una vida normal, que era como la misma gloria.

Epílogo

Cinco años más tarde.

—Un agente no entraría en un edificio de esa manera —dijo Ciara, señalando a la televisión con un cuenco de palomitas en la mano.

—¿De verdad, mamá? —preguntó Carolina y Ciara miró hacia su hija, que estaba sentada a su lado.

—Sí, cariño, mira —dijo señalando de nuevo—. Tendría que aparecer por el lado derecho y…

—Nos vas a estropear la película.

Ella miró a Bryce y le pasó las palomitas.

—¿Quién nos estropeó *Licencia para matar* la semana pasada? ¿Eh?

El dejó el cuenco sobre la mesa y apretó a su mujer contra su pecho. Después le acarició el vientre redondo con satisfacción.

—Eso te pasa por ser un agente secreto —le susurró él.

Ella inclinó la cabeza.

—Prefiero ser sólo tu mujer. Simplemente.

—Cariño, tú de simple no tienes nada.

La besó con ternura, mientras le acariciaba su vientre hinchado. Estaba deseando tener a su hijo en brazos, ver las facciones de Ciara en el niño.

—Te quiero —susurró ella.

Él la miró a los ojos.

—Yo te quiero más.

Ella sonrió y se recostó contra él.

Bryce suspiró pensando que su vida no podía ser mejor. Apretó a su familia con fuerza y recordó aquella noche lejana hacía diez años. Cuando sus destinos se cruzaron.

Y la explosión de aquel encuentro todavía los bañaba con una lluvia de amor.

FIN



Amy J. Fetzer, cosmetóloga de profesión, se dedicó a ello por completo hasta los 30 años. Cuando se decidió a escribir, tardó 3 años en terminar su primer libro, hoy tiene publicados unos cuantos. Ha sido nominada y ganadora de varios premios.

Está casada con un miembro de la Marina estadounidense, ya jubilado, por lo cual pasó mucho tiempo sola haciéndose cargo de la casa y sus hijos. Ha disparado armas, ha hecho rappel, ha montado en un vehículo blindado, e hizo un poco de buceo en el Mar Oriental de China.

Escribe desde las 7 de la mañana hasta las 4 de la tarde, aunque a veces, según la inspiración, lo hace durante más tiempo. Los fines de semana los deja libres para pasarlos con la familia y con amigos.